



**Carlos Eduardo  
Frías**

CANÍCULA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

**200**  
BATALLA DE  
CARABOBO

**Carlos Eduardo Frías** Escritor, periodista, publicista y abogado caraqueño nacido en 1906. Colaborador de *Fantoches* y cofundador del periódico *Ahora*, fue protagonista de la vanguardia literaria en los años 20 del siglo XX. Fue encarcelado por participar en las protestas estudiantiles contra Juan Vicente Gómez en 1928. Fue pionero e innovador del negocio publicitario en Venezuela, a la cabeza de la empresa ARS Publicidad. Entre sus obras destacan *El Nazareno* (1927), *Los Ladrón de Guevara, capitanes conquistadores* (1928); *Luis Carlos Fajardo y sus personajes* (1981). Murió en Caracas en 1986.

« Marcos Castillo

*Carlos Eduardo Frías*

1930



**171**

**Canícula**

CARLOS EDUARDO FRÍAS

## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Ñáñez Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**



# Canícula

CARLOS EDUARDO FRÍAS



## Contenido

- 11 **NOTA EDITORIAL**
- 13 Andén
- 15 Canícula
- 21 La sinfonía
- 29 El jazz de los siete negros
- 37 Cómplice
- 41 Agua sorda



- 47 La emboscada
- 51 La quema
- 65 Mi hermano menor
- 71 El camarote
- 75 El Nazareno
- 85 El farol
- 89 Carne



## Nota editorial

Desde la redacción de la revista *Élite*, perteneciente a Juan de Guruceaga, apodado el Cabezón, se agruparon un conjunto de escritores que posibilitaron corrientes literarias tan diversas y eclécticas que contribuyeron a dar forma —acaso por primera vez— a aquello que llamamos una literatura nacional; expresión que, si bien no soslaya la palabra escrita en Venezuela durante el XIX, debe valorarse por la reunión de escritores que publicaron en sus páginas (gracias a la Tipografía Vargas). A este grupo de escritores se les conoce como la Generación *Élite*. Es así que surge, por ejemplo, el único número de la revista *Válvula* (1928), un hito en nuestra historia cultural y política, se dan a conocer los primeros escritos de Miguel Otero Silva, Guillermo Meneses, Nelson Himiob, Arturo Uslar Pietri, Julián Padrón, Pablo Rojas Guardia, entre otros. Con Nelson Himiob es precisamente que Carlos Eduardo Frías publica, en 1930, un libro bifronte o siamés diseñado por Rafael Rivero Oramas.

Si bien la edición siamesa consideraba dos títulos que agrupados reportaban una rareza (un solo libro), estos autores ya habían publicado sus obras de manera independiente. Sin embargo, algo los unía, a pesar de su aparente distancia: los dos fueron publicados el mismo año (1930)

y en ellos, como si de un laboratorio se tratara, Carlos Eduardo Frías se suma al movimiento vanguardista que se había levantado como respuesta contra el modernismo. Así, más que a la sonoridad, en esta obra —tal como lo advertía y lo señalaba Vicente Huidobro, “si el adjetivo cuando no da vida, mata” — el autor atiende al significado audaz de las metáforas, frases cortas, nerviosas o sin terminar, apócopes, estilización y simplificación mucho más directa de las oraciones y, por sobre todas las cosas, la sensación abrazante y esclavizante de la propia existencia.

Este es un libro árido, seco, de una época donde la vida privada estaba bajo el resplandeciente ojo del gran arquitecto: Juan Vicente Gómez y sus censores. Estos trece relatos, nos parece, que confirman lo antes expuesto.

Para esta edición hemos utilizado la que fuera publicada por la editorial Élite en 1930 —la perteneciente al propio autor, no la siamesa—. Se han corregido las erratas advertidas y actualizado el texto a las nuevas normas ortográficas.

LOS EDITORES

# Andén

---

Este libro lo escribió otro hombre.

Quizás fue hermano mío. Quizás fuese yo mismo. Quizás... Bueno... ya está muerto y bien muerto.

No penséis estremecidos en un suicidio. El suicida no muere en realidad. Nadie quiere bajarle los párpados, esperando se aburra de estarse allí tan difícil, tan rígido, tan socarrón...

Nadie quiere tapiarle las pupilas y en el telón de la córnea, caben aún, mil metros de cielo y hasta un rostro de mujer...

Este libro lo escribió otro hombre.

Nos conocimos bastante. Tanto, que todavía creo sorprender mi perfil, transeúnte y puntual, en cualquier postigo de estos cuentos.

Tuvo la mano honrada.

Si descuidó lo cotidiano, lo doméstico y menudo. Si no llegó a descubrir la sublimidad —como d'Ors— «en las cosas normales y tranquilas», alimentó, en cambio, un encendido entusiasmo por todas aquellas cosas que su pulso aterrara en la planicie de las cuartillas alcahuetas.

Inventor de horizontes, prefirió siempre el más remoto, imaginando músculos de andarín hasta cansar la ruta propuesta.

Creyó infantilmente en la genialidad de muchos y, probablemente, en la suya. Yo lo vi, tiritando de fe, buscar el *switch* para encender todas las estrellas.

Su atención adolescente, extranjera a lo truculento y efectista, verificó innumerables viajes en afán de climas extraordinarios, ignorando que lo extraordinario lo llevamos ceñido al cuerpo, tan sencillamente, tan silenciosamente, que solo topamos con ello cuando nos humanizamos, cuando regresamos.

Él no supo regresar. Mejor, no pudo regresar.

Olvidó dejar señales en su campo y los reflectores de los demás no deletrearon su camino.

Debe estar por ahí, en alguna de esas nubes...

Sé, quiso publicar este libro hace mucho tiempo, cuando era la expresión actual y exacta de su temperamento literario. Hoy no lo hubiese hecho. Como no dejó testamento, desconozco sus intenciones postreas. Y si me arriesgo a dar a la estampa sus cuentos, es por dos causas:

Primera: yo ahora, como él antes, pienso armarme un navío para ir a la conquista de mí mismo y me estorban estos cuentos, como una amarra, como estorba el recuerdo.

Segunda: porque no temo a los disparos de su inevitable indignación.

Está muerto.

Me consta.

## Canícula

El soplete del sol les taladraba el cráneo. El aire caliente agitaba los pechos velludos al entrar y salir en el fuelle del tórax.

Uno era alto, el otro rechoncho: así desde pequeños, cuando corrían desnudos, por las callejuelas del poblacho, con la barriga inflada de lombrices. El padre aguardentoso les daba de golpes, junto con la madre flaca que a veces quería defenderlos.

Así crecieron. Ya mozos, se inclinaron sobre la tierra, con la azada, arado imposible.

Pasaron los años, comían, dormían. Los domingos y días de festejos bailaban joropos, jugaban bolas y gallos, siempre iguales: el alto, servicial y trabajador; el otro, trabajador también, pero ensimismado y rumiante.

En los últimos días tornóse más raro y más huraño. No fue al «corte». Un peón lo encontró dándose de puñadas en el pecho, la voz rugiente. Al atardecer, en la pulpería, entre dos malojillos, afirmó convencido: —«Está tocado de la cabeza».

Se repitieron los ataques. Solo la presencia del hermano lo contenía cuando la furia le colmaba la boca de espumarajos.

El peonaje habló con el comisario. Un vecino compasivo propuso: —«Llévenlo arrebiatao p'al manicomio». El alto funcionario, con aire

grave y amistoso, se lo advirtió al hermano, cierto día que regresaba con el liniero al hombro y la franela sudorosa cuajada de cadillos. Comenzó diciendo que «venía en nombre de la tranquilidad del caserío y que él, por eso porque, bueno, él era, este que digo, que el vecindario, que él»; hasta que, asfixiadas todas sus razones en el laberinto de su discurso rústico, terminó por el principio, brutalmente: —«Compadre, su hermano ha sido hasta ahora un buen suidadero, pero dicen en el pueblo, y con razón, que lo mejor es llevárselo, a la fuerza, porque sí, pa la suidá».

\*\*\*

A la puerta del rancho lo encontró rumiando un ronquido de porcino, en el suelo, casi desnudo. Tenían razón sus amigos del pueblo y su otro amigo el comisario. No durmió durante la noche, pendiente del ruido monocorde que el hermano producía en un rincón ronroneando. Por la mañana le quitó quince pesos «empestaos» al pulpero. En un pañuelo a grandes cuadros azules y rojos, envolvió papelón, hallaquitas y casabe.

Al mediodía, muchas leguas de tierra ancha garantizaban la tranquilidad del vecindario y quizás la del señor comisario.

\*\*\*

Marchaba a trancos iguales, con el hermano al lado, apretando los dientes, como para cobrar mayor energía. Alrededor, llano, llano, y más llano. Arriba, cielo, cielo y más cielo.

Las hierbas altas y tostadas al pasar ellos soltaban una pelusilla que araña la piel, como un gato o una mujer. El de mayor estatura cubríase la cabeza con un sombrero de cogollo; el otro, a pesar del sol, llevaba el suyo en la mano.

La luz caía de arriba, del cielo, perpendicular, y la oquedad de los ojos, protegida por unas cejas hirsutas, hacíasele oscura, cavernosa, y en el fondo, los ojos mínimos y brillantes, ponían un fulgor metálico.



Caminaba con recelo. Observaba al otro cuando aquel no lo advertía. Entonces, la boca se le plegaba en un gesto extraño. Habló el más alto:

—Oye, mira, ponte el sombrero.

Sus palabras, en el silencio reverberante, eran pesadas, se iban hacia abajo, hacia el suelo, como piedras que cayeran en el agua. No contestó.

—¡Oíste que te pongas el sombrero!

Volvió la cabeza con un gesto arisco de salvaje, pero no entreabrió los labios siquiera. Se lo repitió varias veces más. Nada. Solo un gruñido breve.

Agotada la paciencia, con fuerza le arrebató el sombrero de la mano y se lo metió duramente en la cabeza. Las orejas quebráronse hacia abajo.

—Eso es lo que tú quieres —barbotó con rabia.

El hombre rechoncho no dijo nada. Un estremecimiento nervioso le estrujó el cuerpo; los ojos se le redujeron. Eran como dos puntos que se encendiesen.

Luego, una sonrisa inesperada le corrió los labios: el labio de encima hacia arriba, el otro hacia abajo. Salieron los dientes, dientes de campesino, desiguales y sucios. Aquella sonrisa helaba.

El otro se quedó mirándolo, mirándolo. Su alta figura recia amenazaba. Tenía el aspecto cuadrado y macizo.

Alejóse solo, las hierbas rígidas y del tamaño del hombre se clavaban en el pecho, en las piernas, en la cara, dolorosamente. No las sentía. Caminó un gran trecho, se detuvo. Esperó sin volver el rostro. No escuchó ningún ruido. Con las manos puestas sobre los ojos, volvióse y oteó la llanura: nada se movía. El paisaje permanecía inerte, las nubes, el sol, las hierbas, eran de latón.

Esperó, esperó.

Desanduvo el camino. Estaba allí donde mismo. El sombrero en la mano, la risa estereotipada, los dientes al aire. A medida que se acercaba al hombre pequeño le crecía la rabia por dentro como una planta venenosa.

—¿Qué haces aquí, no te vas a venir?

Las palabras silbaban, cortaban el aire con su filo. La llanura entera escuchaba y veía.

—Vente conmigo. Anda.

Le tomó por un brazo, clavándole los dedos con fuerza. La estatua dio unos pasos empujada por el otro.

—¡Y ahora ponte el sombrero, bruto!

Quiso metérselo como antes. Se lo impidió. Era tan horrible su risa que el hombre alto estremeciósse.

—¿Qué es; qué te pasa?

Al fin habló ligero:

—¿Qué me pasa? ¡No sé, no sé! ¡Pero como tienes tantas ganas de ponerme el sombrero, te lo voy a poner yo... a tiii...!

Diciendo y haciendo, le zampó el sombrero encima del otro sombrero:

—¡No querías, pues, no querías! —gritaba triunfante.

La paja del sombrero cedía y se hundía más y más. El otro luchó con fuerza inútil. El hombre pequeño ponía en juego la energía nerviosa de los locos. Desarrollaba una potencia atroz para lograr su propósito. Cayeron al suelo. El polvo hirviendo los envolvía. Entre el jadeo de los cuerpos sonaba la voz del hombre rechoncho:

—¡No querías, pues, no querías!...

El paisaje está inmóvil e impasible.

Al día siguiente, en el mismo punto y a la misma hora todavía sonaba la voz del loco, monótona e indiferente:

—¡No querías, pues, no querías!...

El hombre alto, debajo, inerte. El llano tostado alrededor. El sol chamuscante arriba.

Bajo el cielo y sobre el llano una voz uniforme de letanía, salmodiaba, monótona e indiferente:

—¡No querías, pues, no querías!...



## La sinfonía

Los chicos rompieron a llorar estrepitosamente. Las pupilas claras y las pupilas pardas se identificaron bajo la neblina de las lágrimas.

—Miguel, ¿qué haremos?— dijo la mujer, que sostenía en los brazos al más pequeño de los hijos.

Miguel pareció no oírla. Con la vista perdida, permaneció silencioso. Sobre la frente amplia, caíale un atropellamiento de cabellos.

Los hijos continuaban desafinando sus voces, en aquella llamada persistente e incolora:

—¡Papá!... ¡Mamá!...!

Miguel, con un gesto inconsciente, metióse el sombrero. Miró a la mujer un rato y se fue.

Todavía resonaron sus pasos en los peldaños inseguros de la escalera ruinoso. Después nada.

Los chicos se interrumpieron un momento y luego reanudaron su clamor.

\*\*\*

Tenía un talento extraordinario. Era genial. Su padre fue un tonelero de gran renombre. Sus toneles aventajaban a todos los conocidos, por su resistencia y por su belleza.

¡Si no parecían toneles! ¡Si parecían otra cosa!

Aficionóse a la bebida, quizás por afinidad, quizás como un complemento a su industria que se vinculaba estrechamente con las vides.

Tenía un aspecto muy pintoresco con su hermosa gorra de hule, sus hermosos rizos y su enorme pipa y, sobre todo, con su abdomen, que describía un círculo perfecto, de radio desmesurado, como si le corriese por dentro la cinta de acero del aro de algún tonel.

Siendo tan diestro en su arte y dueño de numerosas relaciones, pensó que lo más natural fuese que su hijo Miguel continuase laborando en el taller.

Por ello indignóse cuando notó que el muchacho no había heredado ninguna de sus estupendas habilidades.

No hubo forma de obligarle a estar dos horas seguidas en el taller.

El chico vivía silbando con una insistencia obsesionante.

El tonelero lo apostrofaba con los epítetos más variados, inútilmente. Miguel seguía silbando cuando el amanecer, cuando el anochecer y, a veces, hasta en el fondo de la madrugada, mientras su padre desahogaba el abdomen en sonoros ronquidos.

Pero, indudablemente silbaba de una manera extraña, como se lo hicieron observar algunos vecinos.

En efecto, jamás se le oían esas melodías manoseadas de las tonadas populares, siempre temblaba entre sus labios una vibración rara y singular.

Miguel quedó sorprendido cuando el padre, un día, cansado de reprimirle, preguntóle:

—Muchacho, ¿dónde aprendiste tú eso?

—No sé, padre —le contestó, con una preocupación repentina.

—¿Te lo enseñó alguien?

—Creo que no, padre. No recuerdo.

Y desde aquel día, dejó de silbar.

Cayó en un mutismo prolongado. Buscaba en el fondo de su memoria con una insistencia dolorosa. No encontró nada.

Entonces lo invadió la certeza firme. Aquellas melodías eran suyas, aquellas melodías le salían de adentro como las palabras.

Aumentó su preocupación día por día.

\*\*\*

El tonelero, en el colmo de la embriaguez, remataba una de sus obras más artísticas. Sobre el borde del tonel monumental, cariñosamente llenaba unas cuantas ranuras que, a su entender, rompían el espejeo de la superficie pulimentada.

El fondo del tonel, de madera oscura, pareció desfondarse de pronto, bajo su mirada de artífice. Con horror, inclinóse para ver mejor y momentos después estaba en lo hondo, con la barriga chata y un ligero rumor entre los labios.

Miguel se fue poco tiempo después.

Tocaba los platillos en un grupo ambulante, que arrastró algún tiempo sus músicas enanas por las calles del poblado.

\*\*\*

Regresó por la tarde.

Los chicos no lloraron más. Tampoco dijeron las palabras dolorosas. La mujer mantenía aún al más pequeño entre sus brazos miserables.

No lo sintieron entrar. Estaban sumergidos en la inconsciencia de su naturaleza exhausta, agarrotados por el hambre y la inanición.

Sobre una caja, colocó algunos papeles sucios, que recogiera por los bulevares. Arrodillóse y con un lápiz, comenzó a hurgarse el pelo, en actitud pensativa.

Debía escribir un artículo crítico para un periódico que pagaba escasamente.

Siendo, como era, eminentemente creador, costábale un enorme esfuerzo hacer crítica, más aún como se lo exigían en el diario: crítica demoledora.

Se le pedían artículos de actualidad.

Para escribir, tenía que sofocar en una prosa severa el menor aliento a los autores mediocres, que son siempre los que estrenan con mayor frecuencia.

Como todo artista puro y de genio, dolíase en aparecer excesivamente cruel.

Con la punta del lápiz entre el cabello, seguía buscando el modo de expresión más adecuado. Impacientóse. Tiró el lápiz.

A sus espaldas estalló la burbuja de un sollozo. Fue a buscar el lápiz en el rincón donde cayera. Siguió pensando.

El silencio era sutil, transparente. Otro sollozo se le deslizó, suave, en los oídos. Luego fue hundiéndose con lentitud hacia adentro. Desapareció casi. Hubo como una ebullición callada allá lejos, en el fondo.

Después, unos sonidos nuevos, recién nacidos, comenzaron a desparezarse envueltos en gasas finísimas, que impedían su manifestación brillante.

Se puso a escuchar, inclinado sobre su propio abismo.

Reinó un breve período confuso. Los sonidos parecían atropellarse en un aleteo desordenado.

Súbito, saltó alguno en un salto claro y agudo. Fue la señal. Junto a él, dejó oír su vibración encerrada un sonido grave, denso.

Luego otro y otro y otro...



Ahora, cogidos de la mano, en un girar rápido, pasaban veloces, formando una armonía extraña de vibraciones aceleradas.

Danzaban.

Las notas graves formarían el trozo de bosque, las menos graves serían como los pies precipitados de las bacantes borrachas y los sonidos agudísimos, personificarían la alegría fácil, que se desborda.

Danzaban.

Siguió escuchando... escuchando...

Los sonidos se plegaban, se alargaban, crecían, morían, se perdían arriba, se perdían abajo.

Las pausas, que modelan el ritmo, surgían a tiempo, en el momento preciso para mantener la armonía del conjunto sonoro.

Miguel sintióse poseído por la revelación total de la obra soñada, de la obra que se escurría siempre, que se disolvía entre los dedos voraces del músico.

La sinfonía... su sinfonía estaba allí, ofreciéndose con una impudicia enloquecedora.

La evidencia de su genio se le cuajó adentro como hierro fundido en agua fría.

Sintió que la cabeza, de un salto, se le plantaba en las nubes.

La obra gigantesca, que lo hacía estremecer de impotencia, tornóse dúctil como cera tibia. El lápiz, obediente a la mano febril, gastábase en signos.

Sobre los pliegos iba corriendo en la prisa creadora.

—Papá—silabeó con desmayo la boca descolorida de un chiquillo.

El silencio se fue como un gas por las rendijas de la puerta.

La mano se encabritó. No se movió más.

Miguel oyó el choque de la cabeza, que le caía de nuevo entre los hombros.

La fiebre desapareció de la frente amplia. Comenzó a escuchar... a escuchar...

Algo reflexionaba en el hueco de su yo, como si fuera él mismo:

¡La sinfonía... bah...! La sinfonía...

Aquello duraría meses y meses. En tanto, se morirían los hijos, luego la mujer y por último él mismo. Sí, porque aquella era una obra definitiva, completa, que no se entregaba como una horizontal.

Había que trabajar, estar con ella sin descansar... sin descansar...

Aquello era de meses. Aquello no valía nada ante el artículo, que estaba esperando insolentemente con una fatua importancia en la puerta del cerebro.

Entonces, con el gemido del hijo por dentro, comenzó a espantar los sonidos, las imágenes sonoras, como se espantan los pájaros tragones de los sembrados.

Con grandes gestos verticales de sus manos en alto, metióse por entre las melodías, destrozándolas.

Los sonidos perdíanse en la altura, desmenuzados.

Entonces procuraba el músico restablecer el equilibrio para la tarea monótona y sin gloria.

Comenzaba a hilvanar frases huecas, insípidas, vulgares, que no se atrevía trasladar al papel.

En tanto, poco a poco, los sonidos rebeldes, tercamente, comenzaban a amontonarse como los nubarrones, bajo los trallazos del viento.

Miguel jadeaba, oprimido por la obsesión, bamboleado entre el egoísmo y el hambre.

Los chicos y la mujer despertaron del letargo con los gritos inarticulados que emitía mientras luchaba, en su delirio genial.

Agrupados alrededor, lloraban ahora, contemplando la actitud del músico.

Solo entonces logró estrangular la inspiración recia que lo trituraba con la presión potente de sus anillos.

\*\*\*

Por el hueco de la taquilla, asomó la mano temblorosa y la punta amarillenta de la barba, arrugó las cuartillas y se fue hasta el fondo penumbroso, refunfuñando.

Miguel ni siquiera contó las monedas pobres, que caían sobre la madera mugrienta. Como sonámbulo echóselas al bolsillo y se hundió en el resplandor de oro nuevo de la mañana.

Era el precio de su obra maestra.



## El jazz de los siete negros

Del torreón, bajo la neblina de la luna o en las noches cerradas y con viento, salía el son ronco y monótono. Era un ululato manso, de contornos redondos, pegajoso, que se alargaba desmesuradamente.

Sobre la colina estaba el edificio calizo con sus cúpulas de minarete. A su alrededor apiñábanse algunos cobertizos y se represaba el agua, mojada de cielo, en un estanque ancho.

Comenzaba así, de repente, circulaba a ras de tierra, chato, cálido y en la madrugada lo bebían los gallos, que abrían mucho los picos, esperando se desgranaran las mazorcas pálidas de las estrellas.

\*\*\*

Hacía muchos años que subiera por primera vez al tope de la colina.

Solo, haciendo la guardia, rodeado de telescopios y de silencio, se embotaba con el ladrido interminable de los perros en el valle y el resplandor cercano de los astros que resbalaba por su pelambre áspera y su frente deprimida en animalidad.

Por la mañana llegaba el director, gordo y de paraguas, bufando por la pendiente. En tanto secaba el sudor con su gran pañuelo, le buscaba el vaso de agua reglamentario.

—¡Uf! ¡Esto es insoportable, insoportable! ¡Sin un triste coche, sin un caballo y esto todos los días, uf, todos los días, porque quién puede con el sol, con la lluvia y con Júpiter! ¡Habrased visto bichos más puntuales! ¡Uf, hay que venir todos los días! ¡Qué se va a hacer! ¡Sin un triste coche!

Tragaba el agua, empinando el vaso violentamente, y se le disipaba el mal humor viéndole la cara al negro, temerosa y tosca.

—¿Qué tal, mucho frío anoche, eh?

—Sí, dotol, ¡mucho!

—¿A qué hora llovió?

—Creo que a las tres.

—A ver, vamos con el pluviómetro, uf, ¡qué calor!

Pero, inclinado sobre el aparato, frotábase las manos regocijadamente, olvidado de todo, calculando las pulgadas de lluvia que estarían en ese momento glugluteando por las arterias prietas de la tierra.

\*\*\*

Un día, con el permiso y la colaboración del doctor, hizo girar la rendija de la cúpula persiguiendo en la atmósfera nítida el chisporroteo del sol. Agazapado tras el cañón del telescopio, en una expectativa bestial, que le ponía a temblar los labios colgantes, fue recorriendo, a grandes zancadas, estadios de cielo de millones de kilómetros, hasta recibir el topetazo de la luz.

Poseído de un frenesí repentino, gritó y bailó algo extraño, con movimientos vertiginosos, que le hacían bambolear la cabeza entre los hombros.

Durante muchos días no se le permitió acercarse a los aparatos.

\*\*\*

Por las laderas de la colina, encontró a una mujer y cualquier tarde subieron juntos hacia el torreón. A la mañana siguiente aún estaba ella allí.

Compartieron el pedazo de techo y comenzaron a llover hijos y más hijos. Fueron invadiendo lentamente el edificio, como un agua negra que lo salpicara todo.

El sabio no protestó. No sabía protestar, encaramado como estaba en los altos caminos estelares. Si alguna vez quejose fue porque encontrara sin aceitar el ecuatorial o por el suelo algún mapa paciente.

\*\*\*

Llegaron a siete.

Con la mirada opaca, ventrudos y la cabeza enorme, comían piedrecillas con hierbajos, en la planicie caliente.

Los domingos, por mandato del doctor, a látigo los llevaban hasta el estanque, donde lloriqueaban ruidosamente con el cuerpo metido en agua y la cabeza flotante como algas de ciénega.

Después, embutidos en batas de liencillo, apretujados unos contra otros, frente a un ventanal, se estaban desde la mañana hasta el crepúsculo, oyendo crecer el silencio en lo profundo.

\*\*\*

Vivía asombrando a la gente ruda y sencilla de los alrededores. En plena conversación, volvía bruscamente su cara torpe hacia el cielo, aguantando el latigazo del mediodía y quedábase largo rato como ensimismado.

Cuando recobraba el hilo de la charla, tenía la frente atravesada por una arruga grave. Decía unas cuantas frases inconexas, espoleando la curiosidad fácil de las buenas imágenes de Dios, hasta que la interrogación inevitable reventaba su burbuja en el rostro, todo aguzado de atención.

—¿Qué pasa Saturnino? ¿Un eclipse? ¿Un terremoto?

Él musitaba algunas frases extrañas, olorosas a hechicerías y sortilegios para el corro cándido de los rústicos:

—Coldenadas... meridiano... ólbita... si sí... esta noche... se lo diré al dotol... está bien...

—¿Qué es Saturnino, qué pasa Saturnino? —se colgaban todos de su respuesta.

—Nada, nada, cárculos, nada. Voy a decirlo al dotol... —y una sonrisa intensa le regaba los pómulos de betún.

Después se iba cuesta arriba, metiendo su cuerpo corto de gorila por el hueco azul.

\*\*\*

La noche en que aparecieron los instrumentos en el cuarto, habían comido chigüire en la tarde y el aire pestilente de cueva de zorros transportaba a llanuras dilatadas, perdidas, a rincón de selva.

La música les salía sin esfuerzo de entre los dientes enormes y blancos, les salía a través de la piel ciega, lo mismo que si estuvieran sudándola.

Los varones levantaban las manos apuñadas como para golpear, y las abrían luego arriba, en un revuelo de dedos que se desplomaban atropelladamente en busca de las cuerdas tensas.

En la garganta de la hembra, escuálida y con ojos desmesurados de ídolo, y la cabellera enmarañada, cogida con cintajos chillones, que le subía la estatura dos palmos más, oscilaban en modulaciones sordas, el compás y el encanto monótonos, obsesionantes.

Tam... tam... tam... tam... tam... tam...

Iban empujando las horas con aquella palanca ronca. Y tenía aquella música la fuerza oscura y potente de un rito de los grandes bosques, donde los hombres están más cerca de su raíz y de la naturaleza.



Y circulaba a ras de tierra, chato, cálido y en la madrugada lo bebían los gallos, que abrían mucho los picos, esperando se desgranaran las mazorcas maduras de las estrellas.

Y comenzó, así, de repente.

\*\*\*

Como la ola mansa de la música chapoteaba su canto lento en el piso inferior, lamiéndole los pies, Saturnino creía oír una voz antigua que lo alentara en sus búsquedas torpes por la anchura.

Y solo abandonaba los cuajarones opalinos de la Vía Láctea y las fogatas verdes, azules, rojas de los mundos, para despeñarse por la escalera, hacia abajo, hacia la música, hacia el camastro.

Y con los párpados apretados, en la captura del sueño, lo agobiaban las ráfagas de colores, que pasaban y volvían a pasar vertiginosamente como si le volcaran encima un caleidoscopio interminable.

\*\*\*

—Taita va parriba, va parriba. Mirálo.

Ya no quedaban afuera más que las plantas de los pies, el resto del cuerpo había sido engullido por el boquete, abierto en cuadro y sobre la sombra densa del piso de arriba.

—Buscate la guitarra. ¿Qué tendrá taita?

—Buscate todo ligero. ¿Qué tendrá taita?

Y la hembra escualida se perdía y regresaba con los instrumentos. Ellos los iban tomando y acariciando con la caricia negra de sus manos. Iban inclinando las cabezas voluminosas, las inclinaban hasta meter el bordoneo oscuro de las cuerdas de tripa por el caracol de la oreja hacia adentro, hacia la tribu soterrada.

Punteaban, engrabitando las falanges lustrosas, y la hembra, bajo su pelambre ríspida, abría mucho la boca, sacaba los dientes y hacía:

—Uhú. Yo quelé más. Uhú. Tocále a taita, quetarriba.

—Cerrá la ventana que toy viendo el tanque, ta mu hondo y me quita la gana de tocá.

—Cerrála tú.

—Cerrála tú.

Y los seis varones a un solo gesto despegábanse del banco, semilevantados movían las mandíbulas, mascaban la frase y la escupían sobre la hembra:

—Cerrála tú.

Metió el cuerpo por el hueco de la ventana y echó su mirada hacia abajo como una escala.

—Ta blanquito el tanque, yo creo máma lo llenó e mai. Ta blanquito.

—Esa e la luna. Taita tarriba con ella.

—Embute.

La música comenzó a evaporarse en las cuerdas, mojadadas de vibraciones obesas y hondas, comenzó a llenar el cuarto, caldeándolo y después se fue desbordando, chorreando por la ventana, que la hembra tenía abierta, con la mirada metida en el estanque, pleno de agua blanquizca. En su garganta bamboleó el soplo almizclado:

—Tam... tam... tam...

Sumergidos, circulaban a lo largo de los pasadizos torcidos de su ancestro, dándose golpes en los ángulos inesperados, buscando a tientas en su noche, el cordel vibrante del ritmo, para que los fuera guiando hacia el regreso, y se perdían y oscilaban invisibles sobre la arista estúpida de su frente deprimida, y al cabo, cuando llegaban a su eje, a su verdad, lanzábanse sordamente con un chapuceo opaco, como de ranas que se tiraran a una charca.

Y entonces la música iba extinguiéndose, filtrándose por las grietas del silencio y quedaba todo callado, todo inmóvil, a veces, con el sol nuevo en el horizonte.

\*\*\*

Hasta que una noche, la escalera se quedó esperando por la madrugada, por el amanecer, repleta de crujidos familiares, el peso del hombre que bajó por la ventana aquella alta y larga...



## Cómplice

La luz me dio un fuetazo en la cara al entrar. Aquí una ruleta, más allá otra ruleta y una rueda enorme, que voltea sin cesar, con su cargamento de hombres y de hembras. Camino; mejor, caminamos: creo que estoy con un amigo. Viejos, jóvenes y niños; niños, jóvenes y viejos nos tropezamos, nos pisoteamos. ¡Qué importa! No se viene aquí a disgustarse, hay que divertirse a toda costa.

Dos, cuatro, diez organillos, pobretes harapientos de la música, arman y desarman el chillido de sus tres notas únicas, sus tres notas obsesio-nantes. Nos detenemos, a medias, porque siempre empujan los otros.

Alrededor del carrusel corre una palizada en una carrera circular; los pequeños asientos, con su correspondiente persona, giran y gi-ran, arriba, contra los árboles. El carrusel con sus cien brazos abiertos parece un gigante fantástico que se hubiese vuelto loco, jugando al serení-seranao.

Como se ven bien las piernas de las mujeres hasta más arriba de las rodillas, mi amigo se ha quebrado el cuello y tiene la vista perdida hacia arriba. Me quiebro el cuello también: muchas piernas, muchos brazos y pequeños gritos nerviosos, de júbilo o de temor, van sobre las piernas y sobre los brazos. Tengo un rato así; todo el movimiento, por un efecto

óptico, se ha convertido en algo confuso, que no sé si percibo con los ojos o con los oídos.

Cae un rayo dorado. ¡Ah! ¡Es con los ojos! Al seguir su marcha hacia el suelo enderezo el cuello: está en la arena, junto a la palizada, es una estilográfica de oro; del otro lado de las estacas, dos pupilas codiciosas en una cara demacrada.

El empleado del carrusel no se ha apercebido de nada, está viendo piernas con el cuello quebrado. Mi amigo, ídem; miro a todos lados: nadie lo ha notado; menos aún el policía que, en la misma posición del amigo, cuida los intereses ajenos.

En tanto, la estilográfica está sobre la arena, sola e indefensa.

El hombre demacrado repite todos mis gestos y ve que nadie ha visto. Yo sí me he fijado, pero cuando entre la muchedumbre X gesticula, ruge o comprende, nada pasa, nada se altera, es como una cana, una sola, en una cabellera muy negra.

A pesar de mi vigilancia, la estilográfica está sobre la arena, sola e indefensa.

El hombre, resuelto, se inclina; a través de las estacas escurre la mano huesosa y luego el brazo hasta el codo; la mano y el brazo son como una garra rara, amarilla y enredada en una red de venas gruesas. Adivino el estómago sin un trozo de pan, los dientes largos y muchos hijos, muchas bestezuelas que se mueren rugiendo detrás de aquel hombre.

La garra no llega hasta la pluma y se retuerce en un gesto que asusta. Se desliza por el hueco hacia afuera; vuelve a entrar con más fuerza. Escarba la arena con unas uñas muy largas que tiene, se le han metido en ellas unas piedrecillas; no termina de llegar.

Sufro horrorosamente y atisbo al policía que se babea con el cuello partido.

Crujen las estacas: la mano, el codo, el hombro, casi todo el busto famélico y la cara descarnada han entrado por el boquete estrecho. ¡Ahora sí la arrastra! El oro brillante está en el hueco de la garra, que es de oro pálido, de oro antiguo.

Tengo el corazón mínimo; el hombre se desliza por entre el gentío como una calumnia. Los asientos del carrusel pasan ya bajos; los organillos no tienen fuerza para componer su armonía chirriante.

Un grupo compacto intercepta la retirada del hambriento, en tanto que un mozo bien vestido y que apesta a perfumes caros interroga al policía. Se trata de la pluma, lo presiento; ¡y el hombre que no puede escaparse y tiembla de angustia y vuelve la cabeza y empuja fuerte a las personas! Le grito mentalmente: «¡Te estás delatando!», con un gran grito silencioso que él no oye, ni yo tampoco.

En medio del corrillo, el policía y el *dandy*.

¡¡¡Por fin ha desaparecido!!!

Experimento una profunda satisfacción en ser el único dueño de la clave. ¡Ah!, lo conozco; me reconoce. Se acerca sonriente, me interroga, me explica:

—Chico... un regalo de la polla... estoy enfiestado con Margot... se me cayó de arriba...

Llega Margot, lo abraza zalamera, tiene los labios desteñidos y un tufo violento:

—¿Qué hubo por fin, mi amor?

Un estupor repentino, estúpido, me rapta en su declive inesperado, cegando mi voz con mordazas vertiginosas. Es un túnel interminable, angustioso.

La perplejidad ha encendido sus lámparas tontas sobre la escena: ella tiene olvidados los brazos en torno a su cuello, pero su boca no alcanza jamás la boca del hombre. Es desesperante, aquel beso al ralenti.

Súbito un choque a lo lejos, en el fondo. Regreso de un tirón con toda mi rabia libre, empujado por la silueta cobarde y harapienta del ladrón.

Gozo en poder echar abajo aquel momento inmóvil, en quebrar con mis gestos la expectativa ambiente. No elijo frases. Mis labios se están encrespando y eso basta.

—No, no he visto nada, ¡nada! ¿Y por qué voy a verlo? ¡Veo lo que me interesa!, ¡y eso, cuando se me antoja!, y además yo, yo...

Se alejan tambaleantes, semiconfundidos.

El carrusel está inmóvil.

Me siento la conciencia más recta que nunca.



## Agua sorda

Por entre los pilastrones carcomidos, en las noches, corrían las luces lejanas del puerto.

El chapoteo manso de las oleadas lograba prender en las tablas, a ratos, sus gotas salitrosas.

En el fondo, amontonados, estaban los desperdicios de los veleros de velas remendadas, que regresaban por las tardes, cansados, aporreados de viento y embadurnados con la brea roja del crepúsculo.

La pleamar, empujando hacia arriba, devoraba lentamente el pedazo de cielo que se abría entre la plataforma y el agua.

Después, más tarde, el muelle se incorporaba despacio, sobre sus piernas innumerables, y se abría de nuevo el trozo de cielo.

Allí, en el hueco estrecho y sombrío, apenas si podía deslizarse alguna canoa chata, con un remero hábil, que se curvara en arco para no magullarse contra las tablas espesas.

Y aquella atmósfera pesada de fermentaciones y aquel olor penetrante y asqueroso, como de cangrejos machacados...

\*\*\*

El muchacho con los pantalones mínimos y los muslos al aire.

El muchacho veía el mar, sin verlo, porque la sombra se lo había engullido.

Encaramado en el parapeto, abría mucho los ojos y se metían en ellos un poco de cielo, un poco de mar y un mástil negro y una jarcia y un chillido de gaviota que pasaba, arando el aire.

Hacía muchas horas que su padre lo rechazara lanzándolo de nuevo a tierra, en tanto la embarcación iba empujando la línea del horizonte.

Aún no lograba comprender por qué lo había abandonado, ni tampoco por qué era tan larga aquella partida de pesca.

No recordaba que no había comido.

Todavía esperaba, con una esperanza cerrada, como una contracción de mandíbulas.

A veces pasaba un hombre, con los hombros gruesos de lanzar redes pesadas y toda su ansiedad se desmoronaba, alargándose hacia él, como reconociéndole, como saludándole, pero el hombre seguía indiferente, con el rostro agazapado tras la barba brusca.

No era él.

De nuevo, en el fondo del pecho, la angustia iba armando su andamio torcido; y ya estaba cabalgando en sus espejismos y ya estaban los ojos desmesurados, abiertos...

\*\*\*

Acercóse a los dos hombres, que tambaleaban. Eran marinos. Lo estaba oliendo.

Menudo, flaco, se cuadró ante ellos.

—¿No lo han visto? —preguntó, gritando.

No oyeron.

—*Trará, trará,*  
*la sardina blanca,*

*la sardina negra,  
echá la red  
y ya verás.*

La voz les salía de lo hondo, como del estómago.

El muchacho les dio un puñetazo.

Con una sorpresa turbia lo contemplaron. Se vieron las caras.

Una voz de ola cayó sobre el silencio.

—¡Eh, eh! —hicieron con los labios.

El muchacho ya no pudo más, las palabras se le escurrían rápidas y atropelladas, como las cadenas de un ancla que va buceando en el abismo.

—Él se fue y me dejó; ¡tiene fuerza! ¿Ustedes lo han visto?; ¡porque ustedes son del mar! Siempre me llevaba, con sol, con lluvia, con viento, siempre me llevaba... ¡Ustedes saben dónde está! Díganmelo; ¡voy a buscarlo!... ¡Es un buen velero, tiene las velas altas... altas!... más altas que todos... ¡Qué buen velero! Ustedes lo conocen... su voz es más alta que las velas de su velero... ¡El mar hace mucho ruido! Él nació en el mar...

Respiró.

El silencio cayó otra vez como lluvia menuda.

Una bocanada acre pasó empujada, como un trineo, por el viento.

El muchacho poco a poco fue perdiendo su aspecto vago, evocador de imágenes rápidas, ante los beodos.

Ya no le brillaban los ojos, ni alzaba los brazos lentamente, armoniosamente, como cuando pintaba al padre fuerte.

Ya no se le alborotaba el pelo crespo, con las sacudidas de entusiasmo infantil.

Ahora, la figura central de su obsesión se desplazaba suavemente, perezosa, como los buques de gran tonelaje al desatracar en los puertos populosos.

Sin extrañarse la veía desaparecer, desvanecerse en su imprecisión. Los contornos se fueron evaporando, escapándose, robándole la solidez, desintegrándola.

El muchacho ya no era el mismo, porque no evocaba al padre.

Ahora, que se le había ahuyentado la luz extraña, como profética de los ojos, parecía más vulgar, más sucio, más flaco...

Ahora, no era más que un rapazuelo impertinente:

—¡Tengo hambre!...

—¡Eh, eh! —hicieron otra vez con los labios.

El muchacho, ladino, resolvió interesarlos deslizándose por entre los cortinones densos de su embriaguez.

Corriendo por el pretil, en un alarde prolongado de equilibrio, alcanzó los tablones, que se alzaban sobre el agua turbia, sobre el agua sorda del muelle.

Con el cuerpo violentado hacia el mar y con las manos en hueco, junto a la boca, metió por ellas su chillido:

—¡Oé, chicos, oé! ¡Aquí estoy!

Los dos hombres se aproximaron al parapeto.

—¡Tiren los cobres ahí, pa robarlos!...

Los centavos se escurrieron por entre los dedos anchos de las manazas.

Un chasquido breve. Nadando entre dos aguas, acertaba espacio con movimientos sueltos.

Hacía luna y las monedas descendían a lo hondo como pequeños discos de marfil.

El primero lo atrapó bien arriba, donde el agua era transparente. El segundo, más abajo. El tercero casi no se distinguía y fue más difícil. El cuarto desapareció por completo bajo los pilastrones carcomidos, recubiertos de líquenes babosos.

Había que buscarlo a tientas. Tuvo miedo.

Enfiló hacia arriba. Con dos talonazos subió más de medio cuerpo fuera de la superficie y la luna lo vistió de sardina.

Divisó a los dos hombres doblados sobre el parapeto, esperando. Con un gesto rápido se metió los centavos en la boca, sujetándolos con los dientes, y volvió a sumergirse.

\*\*\*

No les quedó una sola moneda en los bolsillos.

Con las gorras ladeadas y los brazos colgantes, aguardaban.

Se impacientaron y se fueron cogidos del brazo, mascullando juramentos de grumete.

A la media cuadra, ya no recordaban nada, y de nuevo, con las lenguas torpes, izaron su canto como un estandarte que el viento iba deshilachando.

—*Trará, trará,*  
*la sardina blanca,*  
*la sardina negra,*  
*echá la red*  
*y ya verás.*



## La emboscada

Los dos hombres caminaban apresuradamente. El silencio nocturno era fofo, como de estopa. Sus pisadas resonaban sordas, ahogadas. Aun cuando iban muy juntos no podían distinguirse. La noche oscurísima se aclaraba cuando el ladrido lejano de algún perro cortaba el silencio. Los dos hombres, engullidos por la sombra, rodeados de vagos delineamientos de casas y de árboles encontraban en la dureza de la calle empedrada algo cierto, preciso, definido. Marchaban como por una tracción violenta que parecía venir del fondo de la noche aun cuando naciese dentro de ellos mismos.

Habló uno: —¡No llegamos nunca!

Habló el otro: —Verdad. No llegamos nunca.

—¡Maldita oscuridad!

—Mejor, no quiero verle.

—¡Ah! Yo sí quiero verlo, ver cómo se va muriendo poco a poco. ¡Sabes, hay que estrangularlo! Es más dulce para él y para nosotros.

El otro con angustia: —¿Y si no viniese?

El compañero permanece silencioso como sorprendido dolorosamente.

El otro insistiendo: —¿Y si no viniese?

El compañero, con una seguridad impresionante: —Vendrá. ¡Tiene que venir!

Tras el telón negro, el perro masticó tristemente, lentamente, su ladrido. Desde el norte hasta el sur, pasó una racha helada. Caminaron silenciosos, envueltos en la armonía profunda de la sombra. A veces, empujada vigorosamente por el pie de alguno de los hombres, saltaba una guaratara, que se iba dando brincos a lo largo de la calle empedrada. Se han detenido al fin.

Uno: —Ya llegamos.

Otro: —¿Estás seguro? Porque con esta oscuridad...

—Estoy seguro. Aquí es. Por aquí pasará dentro de un rato.

Atisban. Ningún ruido. Adentro, en el pecho, bajo la carne, el corazón está dándole puñetazos.

Uno: —¡Quisiera que ya hubiese llegado!

Otro: —¡Cuánto tarda!

—Cuando llegue, déjame. Seré yo el primero.

—¡No, jamás, su muerte me pertenece!

—¿Y por qué? Tengo más derecho, soy el hermano.

—¡Y yo el marido!

—No lo consentiré.

—¿Por qué, dime, por qué?

—¡Porque necesito que sean mis manos, y no las tuyas!

—¿Pero tú no comprendes que soy el más fuerte?

—¡Yo lo odio más!

—Mejor es que te vayas. Conmigo basta.

—Nunca. Vete tú.

—No insistas; anda.



—No me iré.

—Ten cuidado. Déjame solo.

—¿Cuidado de qué?

—De que te obligue. Conoces mi violencia.

—Y tú mi obstinación.

—Tendré que echarte a empellones.

—¿Cómo?

—¡Lo que oyes!

—¿Quién? ¿Tú a mí?

—Sí, yo a ti.

—Pruébalo.

Forcejean, luchando con rabia. Abrazados. Como persiguen una misma finalidad se estorban mutuamente. Luchan quedos, temiendo hacer ruido. Sus movimientos no aclaran la sombra densa. Están como en un abismo. Súbito un alarido estrellóse contra el murallón de la noche.

Uno: —¡Tú! ¡Has sido tú!

Otro, con terror: —No, no he sido, ¡Oh!, ¡no he sido!

—Toma, canalla, toma.

—¡Me has matado!

Uno cayendo al suelo: —Sí. ¡Ah! ¡Qué horror!

Otro, desplomándose encima: —¡Qué horror! ¿Por qué lo hicimos? ¡Qué horror!

—Si viene se irá, y nosotros, nosotros lo veremos irse.

—Ahora, ni tú ni yo. Se escapará, se escapará... Chist... Chist... Oye... oye...

Uno con un gran calofrío enredado en la voz: —¿Quéé... Qué...?

—Oye... oye...

Se callan estertorosos. Unos pasos lejanos, pero firmes, vienen clave-teando simétricamente el pavimento. Los dos heridos, muy juntos, asfi-xiados de impotencia, de muerte y de espanto los oyen venir. La sangre que fluye se lleva la venganza junto con la vida. Está cerca el que pasa. Las pisadas les rompen los oídos. Ha llegado encima de ellos, quizás los tropiece. No, no los tropieza. Se ha detenido. Los espumarajos de rabia les amordazan las frases, ni siquiera pueden rugir. El hombre camina, camina y se aleja poco a poco. Con las uñas clavadas, mordiéndose, los vengadores oyen cómo se va perdiendo, borrando... Se acabó. Quieren morir ligero, acabar pronto. Ya viene el amanecer. La sangre que fluye suave va extendiendo lentamente por el suelo sus tentáculos rojos. Ya viene el amanecer.

## La quema

—Hoy llega Pedrito —dijo don Justo y la emoción le colmó el pecho ancho. La madre, los hijos y la peonada gozaron con la nueva.

Era domingo. La mañana fresquísima entumecía el cadencioso mugido de las vacas lecheras; el sol temprano, casi al ras del horizonte, mojaba los tablones verdeantes con su dorado tímido y la sonoridad primitiva de los relinchos destacábase entre el cacareo de las gallinas y el gruñido sordo de los puercos.

Los siete hijos, con don Justo a la cabeza, iban haciendo pasitrotar los caballos en el camino rayado de surcos lentos por la boyada.

Pedrito, el hermano mayor, debía estar a eso de las diez en la talanquera de los González y por ello marchaban a su encuentro bajo la ramazón sombría de los jobos que orillaban el sendero.

Don Justo, el anciano recio, quería llegar ligero, quería ver al hijo que enviara a la ciudad, fuerte, contento y cándido. La zozobra entrábasele a ratos en el corazón, pero lo hecho, hecho queda, y ahora, por el camino de surcos lentos, don Justo arrastraba su intranquilidad, junto con los otros hijos, también fuertes, contentos y cándidos.

Después de un largo tiempo de marcha, la talanquera de los González, con sus vigas burdas, mostróse plantada en mitad del camino.

Los caballos no levantaban polvo porque la tierra estaba húmeda. Los caballos iban relinchando con las narices abiertas.

\*\*\*

Don Justo ha quedado solo en su cuarto. La derrota de sus esperanzas ahuyentó de su faz la expresión jubilosa. Estaba visto: los de su casta no eran hechos para la ciudad; ellos no debían salir de los campos. Allá en la vorágine hedionda y malsana del bullicio ciudadano, Pedrito, el mayor, cayó como un tonto, a pesar de su tórax, su entusiasmo y sus condiciones.

Lo mismo que a él, idéntico; solo que, cuando abrió las fauces asquerosas, don Justo escurrióse astutamente. Lo salvó la desconfianza campesina que heredara de su familia, genuinamente isleña. Recordaba que sus padres, deseando abandonase la tradición secular en los suyos, de laborar la tierra, lo enviaron a la ciudad a cursar estudios. Pero el muchacho se asfixiaba en el aquel ambiente de rebano, entre la manada de hombres que vivían una vida vertiginosa, aguijoneados por el ansia de llegar primero, de cualquier modo; de burlar con hábiles manejos a los otros; aquel dinamismo, pleno de maquinaciones oscuras, casi siempre inmorales, causó repulsión en la contextura reposada y contemplativa del rústico, que estaba tan saturado de la naturaleza.

El campesino, independiente y huraño, no pudo someterse a las tiranías menudas, ni a la falsa cordialidad que son una consecuencia inevitable en las grandes colectividades. Zamarro y despierto, no tardó en descubrir en aquellos que lo rodeaban, llamándose amigos, un interés sórdido que les era muy difícil disimular.

Dudando de todos, sintióse solo y desorientado, y, aun cuando los estudios le resultaron fáciles, experimentó un extraño terror por su futura actuación universitaria, por su carrera.

El palurdo, el montaraz, gritó tanto y tan alto dentro de él, que, sin decirle nada a los padres, presentóse de improviso ante ellos, manifestándoles su firme resolución de no tornar jamás a la ciudad, al lado de aquellos hombres egoístas y sin escrúpulos, y que viviría para siempre en contacto con los elementos, lejos de esa humanidad pequeña y pedante, que se muere lentamente, sin sospecharlo, falta de aire y de sol.

Los padres, a través de sus cortos alcances, pensaron convencidos que su hijo era un torpe y nada más...

Y, al correr de los años, frente a Pedrito, que estaba crecido, experimentó una gran duda; ahora se le planteaba como padre el mismo problema: su hijo, en nombre de las castas, debía soportar la trasplantación peligrosa.

Luego de largas contradicciones interiores, basándose en la inteligencia del muchacho y contando con los otros hijos, que permanecerían junto a él, bregando con el suelo, don Justo, sin ningún remordimiento, se lo lanzó a la fiera que esperaba agazapada allá, a lo lejos, tras el horizonte diáfano.

Además, quizás se adaptase, quizás lograrse convivir con aquella especie rara, quizás triunfase, y, entonces, mejor para él y mejor para todos. Pero, frente a la prueba desastrosa, ante la ruina moral y física del hijo que tornaba hecho piltrafa, inutilizado en primavera, recordando que había partido tan fuerte y contento y cándido, don Justo, no obstante su profunda convicción de rectitud, sintió que un reproche aplastante, acre, se le agigantaba dentro del pecho.

Y un hondo temor por los otros que eran sanos y optimistas y un odio definitivo contra la ciudad, que devoraba tranquilamente a los suyos, lo hicieron reaccionar con violencia al borde del fracaso. De ahora en adelante, insuflaría en sus hijos, ignorantes del peligro, el miedo hacia los hombres que viven encerrados en la prisión estrecha de las ciudades

y exaltaría, elevándolo, ese vivir tranquilo, duro y honrado de los campos, que están siempre abiertos y desnudos bajo la lluvia y bajo el sol, las noches y los días.

En cuanto a Pedrito, a fuerza de aire puro y con el ejemplo silencioso y rudo de los hermanos que se encallecían las manos para arrancar el pan del suelo, en cuanto a Pedrito y su redención, abrigaba amplias esperanzas.

Don Justo, el anciano recto y noble, juró entonces, amamantar a los suyos con el trabajo constante, incansable, que es la leche cierta de la madre tierra.

\*\*\*

Han pasado los meses. A la sombra de un jabillo, conversaban tres de los hijos de don Justo. En los rostros quemados se reflejaba una gran contrariedad. Era mediodía pasado y el bochorno llenaba el ambiente con su modorra invisible.

Después de quitarse el sombrero y secar el sudor que le bañaba la frente, con el revés de la mano, dijo uno:

—Ya es todos los días que se emborracha.

Otro:

—Hoy no lo he visto.

—Tú sabes que el viejo le quebró la botella esta mañana.

—¿Y Pedrito qué dijo?

—Nada. Ya no le importa. Se le acabó la pena con el taita.

—El mismo tiene la culpa, lo consiente mucho.

Uno con amargura: —Ya lo creo, si Pedrito es el mayor... el bachiller...

—Se lo diré al viejo. Nosotros también somos hijos legítimos.

—Pedrito se levanta cuando le da la gana, no trabaja y vive para arriba y para abajo con las mujeres.

—¡Y nosotros pegados del corte desde la cuatro de la mañana!

Uno con ironía inconsciente:

—Guá, chico, jefe es jefe...

—Eso no es conmigo. Soy un hombre hecho y derecho y puedo hacer lo que se me ocurra.

—Pedrito se quiere ir para la ciudad, pero el viejo no lo deja.

—El otro día me convidó para que me fuera con él; allá y que se consigue la plata más fácil y vive uno con la gente; ¡que éramos unos zoquetes!

—¿Tú crees eso?

—Guá, ¿y por qué no?

—¿Y el viejo cómo hace entonces?

—¡Que se venga con nosotros!

Uno, con crueldad:

—¡Y si no que se quede!

Terminó la conversación la llegada de don Justo, quien preguntó, con extrañeza:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Taita, estamos descansando —dijo el más trigüeño, azorado, temiendo que el padre hubiese oído lo que hablaban.

—Pues miren, anden a trabajar, estas no son horas de estar zanganando, todavía es muy temprano.

El pequeño grupo disolvióse lentamente como en un vago gesto de protesta.

Don Justo volvió la espalda, pero creyó que uno de los hijos, decía:

—Con nosotros sí... a Pedrito es que lo...

Aquí, el golpe de viento que arrastraba las frases llevóselas por entre los tablones.

El anciano siguió caminando, sin mirar hacia atrás. Un gran nubarrón que estaba tendido a todo el largo de la lejanía le encapotó las cejas espesas. Parecía un símbolo. Se detuvo un momento y, luego, reposadamente, hundióse por entre los cañamelares que crecían sobre la serenidad horizontal de la llanura.

\*\*\*

Pedrito estaba tirado en un camastro, adormilado, cuando un golpetazo violento de luz le hizo abrir los ojos. En la claridad de la puerta abierta, se recortaba, en negro, la silueta del padre.

Pedrito sobresaltóse. ¿Don Justo a esas horas y buscándolo? Intentó levantarse y no pudo; desde el camastro se quedó mirando al anciano que no hablaba.

Pasó un rato, durante el cual ninguno articuló palabra. Don Justo aproximóse al fin, luego de cerrar la puerta.

—¿Pedrito —dijo con voz grave—, no te compondrás nunca?

—¿Qué dices, viejo? —preguntó el hijo con la voz aguardentosa—. ¿Qué dices?

—Lo mismo de siempre: ¿que si no tendrás fuerzas para corregir tu vicio?

—¡Viejo, no me fastidies más! ¡Cada vez que me encuentras es para regañarme!

—Aunque te fastidie, no me cansaré de repetírtelo.

—Pues yo no quiero. ¿Sabes? No quiero, ¡basta ya!

—Soy tu padre y tendrás que oírme.

—¿Mi padre? Y a mí que me importa. Hace tiempo que me pertenezco. Soy libre.

—Sí, es verdad. Entonces, levántate, trabaja y no consientas que te dé todo como cuando eras un muchacho.

—Guá, tú tienes la culpa. ¡No me dejas ir!



—¡Te he dicho por qué!

—¿Ah sí? No recuerdo.

—Pues, óyelo de nuevo. ¡No te irás porque allá te acabarás de hundir y quiero que vuelvas a ser fuerte, que vuelvas a ser hombre!

—¡Un hombre! ja, ja. Un animal como mis hermanos, como tú, ¡no, digo que no!

Don Justo, con gran calma:

—¡Si somos animales, nos parecemos más a los hombres que tú de-  
rrengado, podrido, borracho!

Luego, en un brusco arranque de ternura:

—Pedrito, óyeme, hijo, es preciso que dejes el aguardiente por ti, por tu madre, por tus hermanos. Fíjate que no hablo de mí, hijo, hazlo, sí, hombre, Pedrito, hazlo.

Mientras el padre hablaba bondadoso, a Pedrito, que estaba acurrucado en el camastro, se le asomaba en los ojos un gran rencor por aquel viejo, que lo quiso elevar para que fuese útil a los demás hombres y a los suyos.

Don Justo insistió:

—¿Lo harás, Pedrito, lo harás?

La indignación brutal, alcohólica del hijo, saltó detonante:

—¡De una vez para siempre te juro que ni tú, ni nadie, me obligará a hacer nada, nada! ¡Ahora que puedo ver las cosas claramente, he comprendido tu intención! Fue fácil alejar al hijo mayor que estorbaba, para manejar a mis hermanos como a unos idiotas: ¡pero ya ellos saben a qué atenerse! Yo les he abierto los ojos, yo que no me dejo engañar, les he contado de tu crueldad, de tu egoísmo, de tu...

—¡Cállate, desgraciado —vociferó don Justo—, cállate, porque si olvido que eres hijo mío, te reviento la cabeza contra el suelo!

Acercóse al camastro y cogiendo por los hombros a Pedrito, que temblaba, le escupió, mejor que habló:

—¡Mira lo que estás haciendo; mira que desde tu llegada cesó la tranquilidad y el contento; mira que con tu ejemplo estás acabando con el orden y la disciplina, y el respeto de tus hermanos para conmigo; mira que esta hacienda la he levantado a pulso, sudando mucho y yo solo, cuando ustedes no habían nacido; mira que todo lo mío les quedará muy pronto, cuando yo muera; mira que si se dispersan, la fortuna amasada con dificultad se dispersará también como el ganado sin madrina; mira que no quise hacerte ningún daño cuando te mandé para allá, sabes que yo también fui y no caí, que nadie tiene la culpa...!

Calló, asfixiado de dolor, en tanto que el hijo sufría con el remordimiento, comprendiendo... comprendiendo...

Luego, don Justo, con la voz mesurada, plena de inflexiones amargas, habló de nuevo:

—Tú no eres ya Pedro mi hijo, aquel que se fue hace mucho tiempo... eres un extraño, un enemigo que quiere corromper a los otros... a los que son buenos y creen en el porvenir. Pedrito se llamaba un hijo que yo tuve y se murió allá lejos, en la ciudad, sin que yo pudiera cerrarle los ojos... ese hijo murió llamándome, sí llamándome... ese me quería como quieren los hijos a sus padres...

La voz del anciano tomó entonces un extraño y desconcertante sonido glacial, indiferente, que alejaba al hijo, que lo anulaba:

—Tú eres un intruso que te pareces a mi hijo solo en el nombre... tú me quieres hacer daño... pero... estoy alerta y nada pasará. Puedes irte de mi lado, cuando quieras... nadie ha de impedírtelo... aún más... te exijo que te marches pronto... pronto...

Cuando la puerta cerróse tras el padre que se iba, que lo abandonaba

para siempre, Pedrito comprendió que no tendría fuerzas para alejarse de su casa y luchar solo y contra todos.

El arrepentimiento efímero de los que están dominados por algún vicio lo tornó sumiso e infantil. Sumiso e infantil, durante algunos minutos.

\*\*\*

La cosecha aquel año fue raquítica. Las cañas, agostadas, como por algún parásito, languidecían en toda la superficie de «Trapichito», la hacienda de don Justo. La molienda no duró mucho tiempo y en la gran caja antigua de la oficina no se acumularon como antaño las pingües ganancias.

Todo pareció complicarse con las borracheras de Pedrito y eran continuas las quejas de las trabajadoras honradas, pues no había día en que el hijo mayor no intentase separarlas del trabajo para acariciarlas libremente.

Los otros hijos de don Justo, descontentos e influenciados por el ejemplo pernicioso del hermano, no trabajaban con el mismo brío y la indolencia que anquilosa parecía apoderarse de ellos progresivamente.

Después de la cosecha, que vino a empeorar la situación asaz difícil, don Justo llegó a encontrar a otro de los hijos completamente ebrio, tirado por el suelo.

Había que poner pronto remedio a aquello y el viejo, reuniendo su energía, resolvió arriesgarlo todo para desterrar aquel marasmo que iba disgregando lentamente la obra de sus esfuerzos.

Atarí de nuevo los hijos a la tierra, al trabajo.

Encerrado en la oficina, luego de cuidadosos cálculos, hizo el balance de su capital efectivo y, con la mayor serenidad, los llamó a todos para decirles la gran mentira salvadora. Contemplando las caras malhumoradas e irrespetuosas de los hijos, se convenció de que el prestigio que

ejercía sobre ellos estaba a punto de desaparecer por completo, y entonces más que nunca probó su voluntad.

Comenzó, hablando lentamente:

—Oigan: la cosecha pasada se perdió porque las cañas están enfermas y no por el verano fuerte como creen ustedes, y ya más nunca darán melao; así pues, actualmente «Trapichito» no vale casi nada y por lo tanto, no poseemos ahora más que el terreno de la hacienda.

—¿Taita, estamos arruinados, estás seguro? —insistió uno de los hijos, antes rebelde.

—Completamente —contestó el anciano con gravedad.

Entonces, ante el desastre, olvidando sus rencores y sus ingratitudes, todos los hijos volviéronse al padre, que en aquel momento se les aparecía más fuerte y bueno que nunca.

—¿Qué hacemos, taita, qué hacemos? —clamaron a un tiempo.

Don Justo, dominando la situación, como a un potro arisco, permaneció silencioso.

—¿Taita qué hacemos? Di —insistieron angustiados.

El anciano probó el desconcierto de los hijos hasta lo último, para empuñar nuevamente el antiguo dominio:

—¿Ustedes no encuentran la solución? —preguntó.

—No, no la encontramos —contestaron vencidos.

—¿Necesitan entonces de mí, de mis consejos?

—¡Sí, taita, ayúdanos, taita!

Don Justo comprendió que volvía a ser el árbitro; con un brillo jubiloso en las pupilas, suavemente, seguramente, les dijo la mentira:

—Voy a indicar el único camino que nos queda: como «Trapichito» con las cañas secas no produce ni vale nada, sería un mal negocio venderlo en ese estado. En la caja tengo lo suficiente para mantenernos

con escasez durante todo el tiempo que crezcan otras cañas replantadas; así pues, desde mañana, se abrirán contrafuegos alrededor de «Trapichito»; óiganlo bien, en la quema está la salvación de la hacienda y de la fortuna que les dejaré, porque estoy muy viejo, muy viejo... Esas cañas, que hoy no sirven, las sembré con mis manos con gran trabajo, yo, íngrimo y solo; ustedes son siete hombres. ¡Les entrego la tierra desnuda, como la encontré; ahí la tienen! Bregando duro, con amor, plantándola, volverá a ser lo que fue, ustedes son siete hombres, ¡ahí la tienen!

Todos callaron conmovidos y poco a poco fueron dejando solo al anciano, que sentía como aquella mentira se volvía, bruscamente, una verdad pura y noble. Sus hijos, gracias a ella, quedaban amarrados a la tierra que él sembrara y cultivara con su esfuerzo recio y macho. Don Justo, el padre de Pedrito.

\*\*\*

Fue en un atardecer cuando le prendieron fuego a «Trapichito» por los cuatro costados. Soplabla una brisa suave y las llamas no tardaron en correr por sobre las cañas secas y los bagazos con rapidez vertiginosa, despidiendo chispazos dorados o rojos que subían muy arriba como cohetes.

Don Justo con la esposa, los hijos y la peonada, agrupados alrededor, contemplaban emocionados el fuego que se tragaba toda aquella extensión de tierra que él comprara estéril y desnuda y que ahora, estando en flor, la convertía en cenizas por salvar a los suyos de la desbandada fatal.

Desde los corredores del caserón, que estaba enclavado sobre una altiplanicie, la familia veía el incendio que, con su gran mano púrpura, iba borrando aquel plantío, lleno de recuerdos para todos; crujían las cañas, trituradas por la caricia brutal de las llamas y muy pronto el campo entero tornóse rojo, cubriéndose con un enorme manto, encendido de mil tonalidades violentas.

Las vacas, con los becerros escondidos entre las patas, mugían sordamente, sorprendidas por la hoguera gigantesca que crecía de continuo, tocando con el extremo ahumado de sus columnas bermejas a las nubes bajas, que se extendían pesadas, sobre el campo incendiado.

Don Justo, calladamente, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplaba la hacienda que ardía.

Súbito un alarido estridente, que voló sobre las llamas y que parecía surgir del centro mismo de la quema, fue como una revelación siniestra.

—¡Taita, es Pedrito! —gritaron los hermanos volviéndose al viejo.

Don Justo quedó anonadado y la voz torpe no encontró el camino de la garganta.

—¡Taita, es Pedrito! —gritaron de nuevo los hermanos y, como don Justo no contestase palabra, todos a la vez intentaron correr hacia el fuego, a salvar al hermano borracho que el incendio había envuelto entre sus brazos candentes.

Pero el viejo, de un salto formidable, plantóseles enfrente con los brazos abiertos, envuelto en la aureola caliente de las llamas que se agitaban tras sus espaldas.

El anciano rugía, con un rugido sollozante:

—¡Quietos, quietos! Aquí nadie se mueve... todo está perdido... perdido por su culpa... ya no es tiempo de salvarlo... quédense ustedes, que la tierra que se está comiendo a mi hijo los necesita... los necesita... la tierra... la tierra...

El viento le desgredió el pelo blanco, que se tiñó de rojo con el resplandor. Con una furia sublime, manoteóse las lágrimas que se le saltaban y como un alucinado, continuó rugiendo:

—¡Los bichos malos, las culebras, se están muriendo allí dentro... se están muriendo... la tierra calcinada se quiebra de fecundidad... ese

no era mi hijo... no era... mi hijo se murió en la ciudad... la tierra se limpia con la candela... ese que se está quemando no es Pedrito... ese... es... un bicho... una culebra...!

Los siete hermanos, abrazados a la madre, escuchaban despavoridos con los ojos muy abiertos y no lloraban porque no podían llorar.

El fuego estaba en su apogeo. Las llamas elevaban muy alto sus penachos dorados.

El viejo, duro y noble, caído de rodillas, continuaba rugiendo:

—Ese... es... un bicho... una culebra...





## Mi hermano menor

Hoy, he recobrado a mi hermano, mi hermano menor...

Me lo dijeron lejos. Recuerdo iba con otro al lado, moviendo las piernas y los brazos, como siempre, como todos los hombres. Creo que él me habló, afligido casi, con la pesadumbre epidérmica del que siente cerca, junto a su vida, una ráfaga de angustia, que pasa curvando un árbol cualquiera de carne.

Yo contestaba apenas, sorprendido por nuestro caminar, obstinadamente lento y torpe. Me parecía ir empujando una distancia muy profunda, a todo lo largo de las calles deslumbrantes, ancladas en el mediodía.

Sin embargo, me acometió un gran frío, cuando el otro se desgajó de mi estupor en una esquina. Me acometió un gran miedo y comencé a correr, con los ojos bien abiertos, frente a la mancha blanca del sol.

Cuando divisé a la gente arremolinada, hubiese querido no llegar nunca, quedarme así corriendo, un tiempo largo, larguísimo, lejos.

En pedazos, fui sembrando entre ellos mi voz escondida, mi voz temblorosa. No sé ya lo que me contestaron. Era, como si no hablasen, como si moviesen los labios desde el horizonte.

Bajo un rumor opaco, contra el mimbre fresco de la mesa, se crispaba su gorra. Una gorra de rayas chillonas y enlaberintadas, igual que su charla muchacha.

Yo había naufragado y me hundía en la solicitud mareante de los vecinos. Llegué hasta mi madre, que daba gritos y lloraba unas lágrimas gruesas y lentas.

Abrazados, tejimos nuestro dolor.

\*\*\*

Desde la altura de mi edad y de mi bozo negreante, mi hermano menor se agitaba apenas perceptible, con su bulto de hule a la espalda y su gorra de rayas tirada encima de los ojos, muy grandes.

Nos encontrábamos solo en la mesa, amontonados junto a la voz de mi padre, que alzaba su nota robusta y ancha, guareciendo la lluvia menuda de las palabras de mi madre, cuando ella hablaba.

En tanto mi padre discurría, yo, en actitud atenta, permanecía ausente de su voz, que, a ratos, llegaba hasta mí, descolorida, extraña, por haberme yo creado a fuerza de cavilaciones continuas y espontáneos cultivos de mi imaginación, bastante frondosa, un mundo aparte. Allí, encerrado, protegido por mi aislamiento voluntario, quizás instintivo, a veces me sentía empapado de independencia y otras, tiritaba de soledad. Metido así, dentro de mí mismo, en un afán robinsoniano que suponía fecundo en finalidades, raramente llegaban hasta mi escondite salpicaduras exteriores.

Por ello, desde mis padres, más próximos en mentalidad, hasta mi hermano menor, en una escala descendente, iba alejándose, palideciendo el calor inevitable de la sangre idéntica. Era como un desfiladero alongado, veloz, cuyas paredes fuesen estrechándose, juntándose por momentos, hasta converger en una rendija angosta, por donde se escurriera difícilmente y solo de cuando en cuando, tres tiempos al día —en

las tres comidas—, con su bulto de hule a la espalda y su gorra de rayas, mi hermano menor.

Mi padre sumergía su voz, sonaban los platos y un silencio, relleno de masticaciones, se metía en el comedor, igual un ujier que no tuviese a quien anunciar.

Mientras bebía el agua, inclinando el vaso, la cara tosca de mi hermano, gesticulaba en lo hondo del cristal al otro lado de la mesa. Tenía los rasgos fuertes y potentes de vida y yo, con mi manía literaria, creo me complacía en seguir el surco de sus palabras estrepitosas o en espiar el libre juego de sus ademanes.

\*\*\*

Colándose por las maderas cruzadas de la romanilla, llegaban tardíos soplos desde los árboles copudos y añosos del corral y muchos días, a través de mis ilusorias complicaciones, evoqué los ademanes cándidos de mi hermano, bajo el vaho verde de las hojas, y se me adelgazaba su figura, elevándose, estilizándose y pronto no era más que una abstracción, un elemento decorativo, que se movía desmayadamente, como una lenta pinclada blanca.

En efecto, para mí eran de continuo, el arranque inicial, la rica sugerencia, su hablar caliente y su armazón maciza. Eso era todo, todo, sin una piltrafa de carne debajo, sobre los huesos.

\*\*\*

En casa de mis amigos, mis hermanos y con ellos mi hermano menor, quedaban enjaulados en el incómodo cobertizo del número tres.

Eran tres.

Una hembra, que me sigue, con crenchas castañas y modales ariscos. Un varón, de tendencias prácticas y nariz tímida, y mi hermano menor, tosco y autoritario.

Esto lo he venido a saber ahora, se me ha desnudado ahora. Antes lo ignoraba, o hacía como si lo ignorase.

La hembra, encerrada junto a la madre, no transitando por calles, tiendas, ni salones. Encerrada, sin romanticismos y alerta tras su muralla de desconfianza.

El otro y mi hermano menor, corriendo su pista abierta, con todo el cielo arriba y lanzando a las cuatro avenidas de su perspectiva inocente, sus ímpetus deportivos y su glotonería de viento, agua y sol.

Yo, antes, en esa época, los sentía pasar sobre el rumor distante de sus zapatos de suelas espesas y grandes clavos chirriantes. Y eran eso, un rumor perdido y un número tres, que yo echaba distraídamente, en el tapete efímero de las conversaciones.

A veces, recuerdo, mi hermano menor tomaba cierta consistencia, lograba abultar su relieve de hermano ante mí. A veces, sí, a veces, le ordenaba, por encargo de mi padre, que se limpiase los dientes, se pasara el peine por el cabello revuelto o estirara las medias sobre la pierna, tal como un maestro a un alumno cualquiera.

Es verdad esto.

Pero gesticulaba lejos, allá, en su colina roja y verde y yo no pensaba jamás, en su carne, su pobre carne, hermana de la mía.

\*\*\*

Tenía los labios entreabiertos y lívidos y el cuerpo macerado de palidez, con un rasguño violeta en el pecho escalofriado.

A ratos, un quejido se le evadía y levantaba las manos laxas. En los pulsos, que yo apretaba ávido, pasaban latidos confusos, desbandados como pájaros.

Había mucha gente inclinada en torno al lecho y los gritos hondos de mi madre, saltaban por encima.

El médico acercó la linterna a la pupila, que huía en una voltereta hacia atrás, y movió tan tristemente la cabeza, que el cuarto se llenó de sombras.

Después.

Después yo iba corriendo, con la receta arrugada, por las calles.

\*\*\*

Desperté vibrando de dolor. Yo había perdido un brazo. Ahora mutilado, comprendía, quería comprender.

Como el papel de un aro de circo, saltó todo en girones.

Igual que mi hermano, habíame desprendido de espaldas, de lo alto de un árbol, quebrando ramas hasta dar en la tierra. Y tumbado en su pista abierta, más abierta que nunca, con el peso del cielo encima, oía con un dolor alegre el desperezamiento de su carne, dentro mi carne, y oía el rezongo púrpura de su sangre, dentro mi sangre.

Y, entonces, supe también, que Gulliver alzaba tantos palmos, como uno cualquiera de los ciudadanos de Liliput...

\*\*\*

Hoy, he recobrado a mi hermano, mi hermano menor.



## El camarote

Por el filo de la medianoche, el camarote estaba ahíto de oscuridad. Hacía un calor sofocante. Las dos literas, una arriba, otra abajo, adheridas a la pared de tablas ensambladas. La de encima crujía de continuo. Parecía iba a volcarse, con el peso del hombre aquel tan macizo y membrudo.

En la de abajo, apenas destacábase de entre las sábanas, el cuerpo huesoso de otro hombre. Este último varias veces, experimentó un deseo fuerte de exigirle a su compañero de cuarto que cambiasen. Sería mejor, dormiría tranquilo. No se atrevió a despertarle. Era tan musculoso. Tenía unos ojos tan extraños. Habíase fijado mucho en ellos durante la comida. Mejor era dejarlo roncar con aquellos resoplidos de foca en celo... ¡Era tan musculoso!

El hombre esquelético se asfixiaba. ¡Malditos camarones! Pidió dos raciones, con aquella dispepsia que lo estaba matando. ¡Qué barbaridad! En tanto su compañero, ¡cómo lo envidiaba! Cómo envidiaba sus ronquidos anchos, por donde pasaba todo el aire del camarote. Y su cuello de toro. Y su estatura de gigante. Y aquella voz de caverna. Todo en él era monumental... debía ser americano del norte...

No pudo soportar más... Se incorporó en la litera. Para llegar al tragaluz echó a rodar el cubo de agua sucia. Una de las manos se le engarzó en las elásticas del otro, que estaban colgando.

Tiró del círculo de metal. Con una aspiración profunda, sorbióse un chorro de brisa empapada en luna.

Los cabellos escasos se le empenacharon sobre el cráneo. El viento hizo una ronda por el camarote.

Una luna llena impresionante se desnudaba frente al mar. El hombre esquelético sintióse aliviado. Dejando el tragaluz con su boca circular abierta, fue de nuevo a la litera.

No pudo conciliar el sueño. ¡Malditos camarones! Una furia enorme lo estrujaba cada vez que de lo alto de la otra litera bajaba el ronquido satisfecho y ruidoso del hombre membrudo... Quizás hasta sería inteligente...

El buque fue sacudido por un cabeceo repentino. Un espejo, que colgaba de la pared de enfrente, se ladeó. La luna del espejo inundóse de luz de luna y se derramó sobre las literas. El hombre esquelético, inclinando un poco la cabeza, logró evadir la claridad. Pero, en la litera de arriba, el otro recibía de lleno el reflejo lechoso...

\*\*\*

A la media hora, cesaron los ronquidos. Entonces la brisa logró meter, dentro del camarote, el ruido de las olas contra el buque. Un ruido como de remos sigilosos y forrados en fieltro.

A la hora, los alambres de acero, bajo la mole del hombre, parecían saltar, aplastados por la tensión. Y daba unas vueltas muy rápidas dentro de los bordes del lecho angosto.

Cayeron de arriba dos almohadas. El hombre esquelético estaba regocijado. El hombre membrudo sufría de pesadillas. Ahora no lanzaba sus ronquidos insultantes. Prefería ser dispéptico...

Cuando, a su vez, cayeron las sábanas, interceptaron un momento el resplandor del espejo. El hombre esquelético se reía y al volver el reflejo sobre las literas, los dientes amarillos se le blanquearon. Estaba encan-



tado. Ya podía dormir. La pesadilla del otro, del hombre saludable, era su mejor narcótico...

Su contextura espiritual, biliosa y amargada, de hombre raquítico, se hallaba libre de un gran peso. El pecho acanalado, subía y bajaba, rítmicamente... Se dormía.

\*\*\*

Una impresión de asfixia lo hizo despertar. Trató de incorporarse y no pudo. Con un movimiento angustioso se llevó las manos al pecho. Sus dedos circundaron la carne de un pie. Haciendo un esfuerzo grande, logró apartarlo. Lanzóse al suelo.

Con un miedo atroz, recostado contra el fondo del camarote, veía la estatura elevada del otro escurriéndose de la litera alta a la de abajo. Llevóse las manos a la boca y comenzó a comerse las uñas, a morderse los dedos. El cuerpo sacudido de temblor. En tanto, el hombre membrudo se movía, envuelto en la claridad lechosa del espejo.

Cuando llegó al suelo, tenía los ojos desorbitados y, a pesar de la tiza de la luna, el rostro estaba rojo, apoplético. Parecía más alto y los ojos aparecían enormes, desmesurados, espantosos.

El hombre esquelético subióse a una silla. Su cabeza llegó al nivel del tragaluz. En su terror, sentía como si las paredes del camarote fueran acercándose hasta aplastarlo.

El otro, tambaleante, seguía bañado en luna. Estuvo un rato largo, oscilando. Luego cayó al suelo, con ruido fofo...

Todavía se revolcó algún tiempo... hasta que se fue quedando inmóvil... inmóvil...

El hombre esquelético, incrustado contra la pared, se quedó viéndolo, esperando.

Con los ojos desorbitados, alto, más alto que nunca, seguía bañado en luna...

Parecía que lo hubiesen estrangulado... Parecía que lo hubiesen asfixiado...

El hombre esquelético, a través de su espanto, imaginó que al día siguiente lo acusarían de asesino.

Nadie más que él podía ser, nadie más que él...

Desde la silla, dio un brinco por encima del otro, abrió la puerta del camarote y se arrojó afuera.

\*\*\*

Cuando llegó a la borda, no lo habían visto. Tenía la seguridad. Estaba en la popa. Sobre cubierta se apilonaba un cabestro, uno de esos cabestros gordos de los buques. A fuerza de empujones, luego de amarrar un extremo, lo fue lanzando al mar.

Comenzó a descender... él mismo no sabía para qué. Confusamente sentía que así podría salvarse. Se escondería. Esperaría la mañana. Quizás lograra después desamarrar un bote...

Seguía descendiendo... Un polvillo, como de agua pulverizada, comenzó a mojarle los pies...

Entre la oscuridad, metida en el mar, estaba la hélice dando unas volteretas vertiginosas.

Seguía descendiendo... descendiendo... No tenía ya fuerzas ni deseos de sostenerse, hacia allí, bajo la curva de la popa, una frescura deliciosa. Unas oleadas mansas y tibias le bañaron las carnes que le ardían.

Paf... un pie. El dolor le hizo aflojar las manos...

Paf... una pierna... Intentó subir a lo largo del cabestro gordo... No pudo...

Paf... el pecho... Paf... la cabeza... Paf... Paf...

Entre la oscuridad, metida en el mar, estaba la hélice dando unas volteretas vertiginosas...

## El Nazareno

Leyenda pesquera.

Toda la costa que limitaba aquel amplio espacio marino era de una esterilidad desconcertante. Al borde del mar, multitud de peñascos ofrecían su pecho duro al latigazo del agua; luego, adentrándose en la ribera, estaba la arena menuda que el viento fuerte aplanaba, rizaba o levantaba en grandes torbellinos furiosos, para desbaratarlos contra los cardones dispersos, erizados de púas.

A mediodía, cuando el sol se clavaba en el centro del cielo, no podía mirarse la llanura amarillenta: de los repliegues más pequeños, del este, del oeste, de arriba, de todo el arenal, se desprendía un resplandor violeto, agresivo, que chamuscaba las retinas.

Ni siquiera la palma de un cocotero, ni siquiera unas alas de gaviota, solamente el viento salitroso y cortante aplanaba, rizaba o levantaba la arena menuda en grandes torbellinos, que corrían erguidos a lo largo de la llanura, hasta perderse en la lejanía, devorados por el resplandor.

\*\*\*

Los dos pueblecitos vivían de la pesca. Ambos poseían las mismas barracas de tablas con techo de palma, impregnadas de un intenso olor de brea y pescado; un trozo de mar; árboles frondosos y ancianos que dan la uva de las playas; redes sin cuento; y muchas barcas

de vientre ancho y muchas barcas de vientre angosto y pocas mujeres y muchos chiquillos de piel escamosa.

Los pueblecitos estaban colocados en los extremos mismos del arenal, como si la vegetación que faltaba en la llanura, volviéndose subterránea, hubiese estallado en ellos con un estallido verde.

Se comunicaban por tierra, a través de la costa pelada y candente, o por mar, pero mar adentro, porque en la zona próxima a la orilla, el agua estaba sacudida por oleadas vertiginosas que iban a estrellarse contra las peñas verdinegras, pulverizándose en una lluvia finísima.

¡Si parecía ayer! Y, sin embargo, iban corridos cincuenta años desde que Rufo saliera con su barca, cierta madrugada.

Ahora estaba el viejo muy quietecito bajo la tierra, pero todos los pescadores sabían de memoria la aventura.

\*\*\*

Cincuenta años atrás, escasearon repentinamente los peces en aquellas aguas. Los más expertos pescadores, los que poseían todos los secretos marinos y conocían el veneno de la luna cuando está hundida en el agua y las artimañas de la pesca, regresaban con las redes vacías.

Y así pasaban los meses, las semanas y los días.

Tendrían que emigrar en busca de otro ambiente más benigno, y, los rudos hombres sufrían, pensando en marcharse lejos de aquel sol y aquella agua, que les corrían en las venas como sangre.

Las mujeres esperaban todos los días la llegada de los pescadores, aglomeradas en la punta más saliente de la costa.

Las barcas iban llegando una a una, con las velas pletóricas de viento, pero sin un solo pez sobre cubierta.

Las mujeres lloraban entonces y murmuraban oraciones toscas,

en tanto que los hombres, silenciosos, alejábanse con los guarales al hombro, haciendo balancear los torsos desnudos.

Hasta que una madrugada, cuando regresaba cariacontecido Rufo, el más anciano pescador, de uno de los pueblecitos, sobrevino el milagro. Se apilonaban las redes húmedas en su barca y Rufo las contemplaba, como husmeando algún maleficio, cuando un muchacho de a bordo llegó hasta él diciéndole:

—Patrón, allá trás viene pegao del timón un tronco e mata.

—¿Y por qué no lo han despegao?

—¡No hemos podío, patrón!

Rufo, seguido del muchacho, se fue a la popa.

Efectivamente, entre las olas, adherido al timón con sus raíces prolongadas, flotaba un tronco de árbol.

—¡A despegá esto! —llamó Rufo, y contra la borda se agrupó la tripulación, armada de largos bicheros.

Sin embargo, cuando la barca del viejo Rufo atracó en la orilla, aún permanecía enredado. Varios pescadores llegaron hasta él a nado y cortándole algunas raíces, lograron desprenderlo. A remolque lo empujaron hacia la playa.

¡Si parecía ayer! ¡Y ya iban corridos cincuenta años!

\*\*\*

Ahora el tronco estaba bajo el techo de una capilla breve, de paredes encaladas.

Por la posición vertical en que se mantenía, las largas raíces filamentosas pendían lacias como una cabellera vegetal.

Bajo de ellas, la corteza rugosa, de bruscos relieves, esbozaba un rostro lejano de Jesús magullado.

Hacia la parte en que descansaba la cruz, una cruz maciza y enorme, el tronco se gibaba como una espalda bajo un peso fuerte.

Del conjunto informe, surgía lentamente, en una lenta ascensión, la figura definida, rotunda, del Nazareno.

Se acumularon los milagros como las hojas que van cayendo en el suelo de las selvas.

La pesca tornóse abundante. Las enfermedades escasas.

El santo milagroso velaba por sus protegidos.

\*\*\*

Como buenos hermanos, los pueblecitos ribereños compartieron el hallazgo extraordinario. Todos los años, la imagen era transportada de un lugar al otro, llevada en andas a través de la costa desnuda.

Rufo, el viejecito favorecido, en el día del Nazareno, vistióse con un sayal morado y grueso cordón a la cintura. Se estuvo muy silencioso durante los preparativos para la salida de la procesión y, cuando el santo apareció en el umbral de la capilla, con la mayor serenidad acercóse a él y retirando la pesada cruz del hombro de la imagen, echóse la suya. No hubo manera de disuadirle.

Días después de esa procesión, el anciano pescador durmióse tranquilamente, bajo las velas tensas de su barca y cuando intentaron despertarle, no lograron que abriese los ojos, ni tampoco encontrarle huellas de la desolladura que el madero le produjese.

Así nació la costumbre singular y era de verse todos los años el desfile lento de la imagen a lo largo de la llanura con la espalda libre de la cruz, y era de verse el gozo del pescador, agraciado por el Nazareno, que la soportaba durante la jornada interminable.

¡Si parecía ayer! ¡Y ya iban corridos cincuenta años!

\*\*\*

Era por Semana Santa y era el día del santo milagroso, del santo patrón de la costa.

Por esta vez el milagro mayor recayó sobre la cabeza rizada de Colás, un pescador de bíceps formidables y amplia experiencia marina saturada de yodo.

Colás vivía por entonces en una isla vecina y en su cayuco estrecho y largo verificaba la travesía en pocas horas.

Su mujer tenía preparada una túnica violeta y un grueso cordón de cocuiza, para que se lo amarrase por la cintura.

La población de los dos pueblos aglomeróse frente a la capilla.

Numerosos rapaces de todas las edades iban llegando con sus sayales morados.

Brillaba un fervor primitivo en todos los ojos, en todos los rostros.

Los marinos altos y cuadrados, con gran respeto, se fueron agrupando en torno a las rejas de la entrada, después de santiguarse con el gesto torpe de sus manos anchas.

Por sobre la multitud, pasaron repetidas veces las aves del mar, en giros tardos.

El sol chorreaba un oro desvaído sobre las hojas regordetas de los uveros.

El viento tornóse suave y dejó de enmarañar con sus dedos ganchudos la cabellera de los cocotales.

¡Por algo era aquel día, el día del santo patrón de la costa!

Los elementos y los hombres se preparaban a rendirle un homenaje digno de su divinidad.

Dieron las nueve de la mañana, hora en que emprendía su marcha la procesión, a lo largo de la ribera, para llegar al otro extremo de la llanura con la caída del sol.

La gente esperaba por Colás, que no aparecía.

En un corrillo, dijo un pescador:

—¡Qué raro que no haya venío Colá!

Otro:

—Sí oh, ¡qué raro!

Un tercero:

—Yo lo vide anoche, allá en la isla, antes de venime. Fui cajedél, y que iba a vení solo, porque la mujé está enferma.

Una voz:

—¡Pa mí que Colá no quié echase la crú encima!

Una vieja:

—¡Jesú, Panchito, no diga eso!

En la puerta de la capilla, apareció un monago flaco, con los brazos encorvados bajo el peso de los cirios.

Luego surgió el sacristán, con aspecto de canónigo, trayendo solamente tres o cuatro cirios y con la cara grave y abacial.

Y, por último, allá en el fondo, comenzó a moverse un bulto de contorno esférico, semejante a una gran boya alquitranada. Era el cura. Este, el sacristán y el monago figuraban solo anualmente, en el día extraordinario y desaparecían luego, dejando un suave olor a incienso, que la brisa marina se encargaba de borrar.

\*\*\*

A eso de las diez, como no llegase Colás, la procesión comenzó a salir del pueblo lentamente.

El Nazareno, con las guedejas vegetales mecidas por la brisa, dejaba ver en las facciones, ya muy pronunciadas, una expresión dulce y tranquila.



Sobre el hombro curvado, estaba la cruz pesada, que el Cirineo ausente debió soportar.

El gentío marchaba preocupado por la rara ausencia de Colás.

Presentían algo inesperado, porque era la primera vez que se rompía la tradición, la primera vez que el santo soportaba la cruz en su día.

Cuando marchaban por la costa, a pleno mediodía, el sol echó más troncos a su hoguera y todo el suelo pareció chisporrotear.

El viento, hasta entonces suave, aflóse las uñas en el filo del horizonte y se lanzó sobre la multitud, apagando los cirios y arrastrando hacia el mar la tenue humareda del incensario, que el monago agitaba sin descansar.

Rezaban con los ojos bajos y con un fervor marino.

Doce pescadores sostenían las andas que soportaban al santo e iban guiándose, merced a la voz de un anciano, porque llevaban los ojos vendados con unos vendajes negros, para protegerse del resplandor.

A ratos se formaba en el confín un torbellino de arena, que avanzaba hacia la procesión como una columna de pies veloces y luego deshacíase sobre ellos en una nube de polvo caliente.

Aquellos que volvían los ojos hacia el Nazareno, clavado en el centro de una tarima, podían observar la dulzura de sus facciones, que parecían sonreír, bajo la doble cruz de madera y de sol.

Las mujeres volteaban hacia atrás de continuo, tratando de descubrir la llegada del Cirineo desaparecido.

Pasaron las horas lentamente, muy lentamente, como un tabardillo, sobre las cabezas descubiertas de los fieles.

No apareció Colás.

El Nazareno sonreía divinamente entre la multitud angustiada, que no se atrevía a quitarle aquella cruz, que presentían más aplastante que nunca.

Por el retardo en la salida, llegarían a la otra punta de la llanura ya entrada la noche.

Sobrevino suavemente el crepúsculo.

El viento refrescóse y el sol comenzó a hundirse en la caverna del mar.

Las llamas de los cirios ardían tranquilas, en actitud vertical.

Se oía mejor el rumor grave de las oraciones.

El humo del incensario envolvía la figura del santo con su red vaporosa y perfumada.

La obesidad del cura regodeábase ante la proximidad del descanso.

La prosopopeya del sacristán comenzó a inflarse de nuevo y el monago sentía en sus bolsillos el tintineo opaco de los centavos ofrecidos por el cura.

La llanura llenóse de una paz ancha y bonachona.

Ahora la marcha era descansada.

\*\*\*

Unos muchachos, que iban adelante, salieron de entre unos peñascos, gritando algo con voces temerosas.

Inconscientemente, la procesión avanzó con mayor rapidez, hasta alcanzar el sitio en que los muchachos lanzaran sus gritos.

Como el Nazareno estaba al frente de la multitud, llegó con los primeros.

Recostado contra una peña musgosa y cubierta de cangrejos, estaba Colás con los ojos muy abiertos, repletos de cristales salitrosos, lo mismo que el sayal de estameña burda.

En torno al tórax amplio y por sobre los brazos membrudos, se le enroscaba un grueso cordón de cocuiza.

El rostro, levemente contraído, se aclaraba con una sonrisa final, que parecía saludar al santo.

Los pescadores se llenaron de terror.

Del sayal burdo de Colás parecía desprenderse suavemente un humillo violeta, que comenzó a subir hacia arriba, hacia lo alto, en el aire diáfano del atardecer. Después, entre las nubes, el viento fuerte de las alturas se puso a extenderlo por todo el cielo, hasta que el crepúsculo, recostado contra el mar, se hizo violeta, de un violeta pálido como la estameña del sayal.

El Nazareno sonreía con mayor dulzura, bajo sus guedejas vegetales, y la sombra de la cruz vino a caer en el hombro mismo de Colás, vestido de Cirineo y que parecía esperarla, recostado contra la peña musgosa, cubierta de cangrejos de un morado apoplético...



## El farol

Con una mano en la cadera y otra sobre la palanca del freno, permanecía inmóvil, durante el trayecto entre dos estaciones. Bajo la amplia visera, estaban los ojos enérgicos. La franela listada de colores chillones. El mentón partido y toda la piel abombada por la musculatura recia.

De cuando en cuando, hacía una seña al fogonero, delgado y juvenil. Un pitazo estridente se perdía entonces en el aire, como un pájaro ciego. A poco el túnel, abriendo mucho las quijadas, engullía a la locomotora con los vagones y al maquinista y al fogonero. Después, corriendo sobre el corazón de la roca, el resplandor rojizo adelgazaba hasta lo inverosímil el cuerpo del muchacho y con sus brochazos bermejos abultaba aún más los brazos del hombre.

Y esto siempre, día tras día. En las paradas, mientras la locomotora se apipaba de agua, apeábanse los pasajeros. El muchacho saltaba a tierra, de un salto elástico. El hombre, de un salto pesado, haciendo sonar las botas de cuero rudo.

En el cruce de los trenes, estaba ella, esperando al hombre. Apenas disminuía la velocidad. Con un gesto vivo, que le hacía empinar el bus-to comprimiendo la cota, le alargaba la cesta. Luego se quedaba junto a

la vía, con las manos sobre los ojos, cercada de claridad, en tanto el tren hacía rechinar los rieles en la curva.

Y esto siempre, día tras día. Primero era un punto, después comenzaba a crecer contra el lienzo claro del paisaje. Se definían rotundas sus formas duras. Una sonrisa feliz se le abría sobre los dientes muy blancos. Ya estaba él encima, con una mano sobre la palanca del freno y la otra en el aire, cazando el aro de la cesta. Luego ella se quedaba junto a la vía, con las manos sobre los ojos, cercada de claridad, en tanto el tren hacía rechinar los rieles en la curva.

\*\*\*

Aquella tarde estaba locuaz. El fogonero, asombrado, permanecía escuchándolo. Escuchando como cantaba y se reía. Pensó que habría bebido. Él siempre tan cuidadoso, no paraba atención en los letreros de letras enormes, que aparecían clavados a lo largo del camino.

La noche se venía encima, abriendo y cerrando el compás de sus zancos desmesurados. Llegarían a la ciudad antes de la hora reglamentaria, porque la locomotora había corrido muy duro aquel día. El muchacho, ocupado en atender a las indicaciones del tráfico, no se fijaba en que el maquinista lo estaba viendo hacía rato.

—Miguelito —dijo de pronto, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Qué, patrón?

—¿Tú nunca has tenido un hijo?

—¡Yo, patrón! —exclamó sorprendido.

—Sí, tú.

—No, nunca.

—¿Nunca has vivido con una mujer entonces?

—Nunca, patrón.

—Pues, búscate un hijo pronto, ¡cuando no más puedas! —aconsejó regocijado en tanto reanudaba, con su voz de bajo, el estribillo de la canción.

Pasó algún tiempo. El fogonero pendiente de la vía y el hombre tratando de modular su voz potente y cavernosa.

—Miguelito —dijo otra vez.

—¿Qué, patrón?

—¿Tú nunca has tumbado a un hombre de una pescozada?

—Nunca, patrón —contestó el muchacho, mirándose a hurtadillas los brazos flacos.

—Yo sí. ¿Sabes? Fue ayer. Lo dejé patas arriba vomitando sangre. Todavía me duele la mano. ¡Es un cobarde!

El muchacho dio un jalón a la cadena y el chorro de vapor empujó hacia afuera, hacia la noche que ya había llegado, su silbido afilado y metálico como una lanza.

—Miguelito —insistió el maquinista.

—¿Qué, patrón?

—Dime qué harías tú, si algún día llegas a tener una mujer como la mía. ¡Ya tú sabes cómo es! ¿Dime qué harías, si creyeras que otro la estaba buscando?

—Guá, patrón, iría case dél y le diría que no siguiera por ese lado, porque le podían salir los espantos.

—¡Eso es! ¿Y si sigue buscándote la mujer?

—¡Lo buscaría otra vuelta y le sacaría los dientes a trompones!

Y la voz del muchacho vibraba y el muchacho parecía un hombre...

La locomotora iba bufando, olfateando la ciudad. La noche era compacta, cerrada, sin estrellas.

\*\*\*

De una orilla del camino, se desprendió el guardagujas y fue hasta la vía. El viento le apagaba la cerilla, cada vez que llegaba junto a la mecha del farol. Raspaba sobre la lija con mano nerviosa, viendo de continuo hacia el fondo del horizonte.

Rabiando y maldiciendo volvió hasta su caseta. Cuando regresó ya venía en el aire el resoplido de la locomotora. Accionando la palanca, hizo correr los rieles. Se abrió un boquete ancho y silencioso...

Luego, dando vuelta al farol, hizo pasar lentamente, uno a uno, los cristales, el rojo, el blanco, el azul, hasta que llegó al verde; entonces colocándolo en lo alto de la palanca, se alejó haciendo crujir la arena.

La locomotora desde el hueco del horizonte, con su único ojo de cíclope, venía buscando entre las sombras el bostezo verde del farol...



# Carne

Se vino hasta ella, agitando los brazos, desplazando violentamente su alta estatura, arropada con una bata manchada de yeso.

—¡Oye, no seas imbécil, o posas bien o se lo digo al director, ahora mismo, para que te despida!

Y la sacudía toda con rabia, magullándole los hombros con sus dedos duros y se le encabritaban los senos densos y le temblaba el cuerpo con los empujones del hombre.

Desprendióse, con un tirón brusco, echándose al suelo desde la tarima.

—Déjame, hazme el favor de no tocarme más déjame. ¡Anda y díceselo, anda!

Marchó hacia el fondo del salón. Tras el biombo, entre el revuelo de los brazos, salía su voz, trémula de rabia.

El otro alumno, largo y con los ojos inquietos, había suspendido la tarea, con el palillo inútil en la diestra y haciendo como si estudiase el aplomo del busto, apenas armado.

Sin embargo, sus ojos lanzaban saetas grises hacia el rincón lleno de la carne de la mujer que revolcaba su rabia tras el antifaz chillón del biombo.

En tanto terminaba de arreglarse, el que la había magullado comenzó a reflexionar. Las venas de la frente se fueron desinflando y escurriendo bajo la piel. Se pasó repetidas veces las manos por la cabeza, enfilando el cabello revuelto, y, con lentitud, como empujando su desconcierto, se fue arrimando a la puerta.

Al fin, ella vino, repiqueteando su reclamo de hembra a lo largo del salón. Un salón destartalado, de paredes altísimas y encaladas, donde llovía su llovizna blanca el sol, a través de unos cristales turbios, engastados en el techo.

—¡Sinvergüenza! Así es como me pagas todo lo que he hecho por ti. Pero, no te mortifiques, que no voy a consentir que pases tan mal rato hablando con el director... ¡yo misma se lo diré! ¡Sí, hombre, no sufras, lindura! Que sigas haciendo progresos en las bellas artes, como de costumbre. Adiós, que te consigas otra modelo, tan idiota como yo, que se esté en cueros ahí sentada con el frío zoquete y alargando las horas, que no pagan, para que no se te vaya la inspiración, ja, ja, la inspiración... ¡Adiós sinvergüenza!

Pero, en el vano de la puerta, la esperaba él con los brazos abiertos, como un cesto que aguardara anchamente la caída madura del fruto.

—No, nena, perdóname. ¡Tú sabes que yo soy muy impulsivo, que no he querido, que no he pensado decirte eso, perdóname!

Y le crecía en la voz y en la actitud, la angustia implorante.

—Déjate de melindres ahora, ya es la última vez, no aguanto más tus brutalidades, porque eres un bruto, oíste, eso, ¡un bruto!

—Si yo siempre lo reconozco antes que tú, por eso mismo que me conoces, perdóname. ¡Quiero que me perdones!

—Ah, ¿quieres? No ves, ya estás mandando. No, chico, nosotros no podemos entendernos, ¡tú eres muy dominante y yo no nací en ese mes! Me voy, adiós, adiós, adiós...

—Espera oye, mentira, no quiero, lo que tú...

Y la voz se fue con el hombre, persiguiendo a la mujer, que se oía huir por la escalera.

El otro alumno no se atrevía a moverse y la luz vertical vaciaba una mascarilla de sombras en su cara angulosa.

Ya había sido espectador innumerable de la misma escena y permanecía amarrado a su impotencia y el desencanto innumerable lo estrujaba con ella, con él mismo, con el otro...

La solución idéntica no tardaba. Los oía subir por la escalera. Oía subir sus zapatones de grumete que asfixiaban el ruido disperso de sus zapatillas, oía subir el bloque de carne acribillado de besos ruidosos.

Ella entró la primera, agarrando la mano del otro.

—¿Qué le parece? ¿Qué le parece lo que está pasando? ¡Es divertido! ¡El delator se rinde! Voy a creer que soy irresistible. ¡El muy zángano!

El muchacho largo, bajo un parpadear vertiginoso, equilibraba una sonrisa en el alambre lívido de sus labios.

En tanto, el otro se había adueñado de la hembra y la apretaba gozoso contra su bata manchada de yeso.

\*\*\*

Cuando hubo atrapado su diploma de dibujante, el director se lo llevó, una mañana nítida y tórrida, a través de los corredores, entre el solfeo de barítonos anónimos, el golpear torpe de unos arcos de cello y un laberinto de faldas, labios pintados y reverencias respetuosas.

—Maestro, aquí le traigo otro discípulo.

Y se fue, dejándolo frente al maestro de escultura, magro y con unas mechas larguísimas de pelo, distribuidas y engrasadas cuidadosamente, para disimular el brillo de la calvicie crónica.

Ya tenía pues, seis meses frente a ella. Frente a su misterio.

Cada día se ahogaba más profundamente su ansia rebelde, en aquel vaho que crecía tenaz, entre ella y él. Con ambas manos remachaba el barro, para que saltara limpio, claro, lo espontáneo.

Y, no obstante, ahora era más falso el resultado; sobre todo, cuando modelaba en el barro frío y dócil los pechos anchos de ella. Su cuerpo, denso de curvas, se aligeraba de materia, al filtrarse por entre sus dedos prolongados de escultor.

Aquella actitud, caliente y prometedor, tornábase transparente y suspensa, como en un plano de abstracción. Siempre envuelta en el resplandor muerto del salón desvaído y su voz siempre chisporroteante, alegrando, encendiéndolo todo.

Allí quedaba la actitud doliente, con una estilización inesperada, aun cuando sentía fluir por las yemas de sus dedos el soplo tibio de la sangre de ella.

Su compañero trajinaba su cuerpo saludablemente, como un balompedista que aventara lejos, con patadas recias, su objetivo, para alcanzarlo luego, seguro, ágil.

Gesticulaba y silbaba ruidosamente y lanzaba fuerte, con un desenfado estupendo, el barro, contra las crucetas de la armadura. Y quedaba su figura equivalente en volúmenes y con aquella expresión cálida y prometedor.

Delante de todos, con un alegre impudor que le escalofriaba el cuerpo, se daban grandes besos. Los demás hacían comentarios más o menos obscenos, en torno a la tarima, donde se cuajaba su desnudez y permanecían impávidos él y ella.

Luego, al filo de las doce, colgaba su bata, se calaba al desgaire el sombrero y la arrastraba, amarrándole la cintura con su brazo musculoso.

Todavía un tiempo, tremolaban sus voces y después se iban a pique por el hueco de la escalera.

\*\*\*

Lentamente fue arrimándose a una conclusión, originada por el aplastamiento que se oponía a su verticalidad artística. Sí, la escultura era un deporte, un deporte brutal, excelente para hombres de espaldas anchas. El ejemplo saltaba a la vista.

Algunas veces sin embargo él también había sentido encabritarse en el cuenco óseo de su cuerpo el paisaje de la infancia, integrado por un hombre tenaz, doblado sobre el alarido verde del campo acuchillado de surcos, aguantando el empuje solar, siempre, siempre, obsesionado por el salto grávido de la semilla.

Quizás las calles ciudadanas invadieron su horizonte plano, feraz. Quizás la fibra fresca que los años poblanos nutrieron de savia y cielo libre, sin alambres de teléfonos, hubiese perdido su impulso taladrante, que sentía antes presente, palpitante, en su trabajo de subsuelo.

\*\*\*

Una carta tardía abrió brecha al panorama sumergido.

Ante sus pupilas, tamboriló el bucaral el parche de la aldea con sus innumerables palillos rojos.

Sin embargo, los mugidos de la vacada que lo ponían antes en brusco contacto con la naturaleza no lograron arriar la bandera sobria, severa, que flameaba ahora, sobre su impotencia.

Se extravió aún más dentro de su perplejidad. No llegaba a comprender el porqué de aquella reacción ascética frente a la corriente libre de su arte.

Tenía entre las manos el barro esponjado de docilidad. Con solo la presión rápida de los dedos, el bloque amarillo, denso, cobraría una agilidad saltarina...

\*\*\*

Miguel Ángel, escultor ciclópeo, indudablemente había manejado sus dedos en la confección de aquella mano de falanges despóticas.

—¡Muy bien, pero muy bien mijito! Vengan todos. ¡Mira tú, deja eso un momento, vengan todos!

Y, entre el corrillo de alumnos curiosos, la mano estaba toda bañada de la luz blanca del techo y era como una colina de músculos.

Aquel día, por primera vez, contempló al maestro despeinado, con el cráneo venerable y reluciente balanceado por el entusiasmo.

Aquel día, cuando se quedó solo, rodeado del silencio gesticulante de las estatuas, estuvo largo rato perdido por entre las ramazones venosas que domesticaban el letargo peligroso de la mano.

No había cariño en la armazón bárbara. No estaba él explorando sus vías soterradas porque un abismo fermentaba distancias entre su poco de barro y él.

Bajando por la escalera lo silbaron los otros alegremente.

—Anda ligero, chico, que en la esquina destaparon esta mañana un vinito delicioso. ¡Tenemos que celebrar ese acierto de la mano!

—La mano está muy bien lograda, tiene mucha fuerza. Te lo digo yo —y hablaba el decano del curso, el orgullo del profesor.

—¡Que viva la mano, la mano!

En la mesa, plantaron una botella, como un árbol con savia roja. Luego lo arrancaron para el viaje de circunvalación, en el que las bocas abrían sus andenes sedientos.

Él los dejaba hacer y pagó varias botellas en honor de su acierto escultórico, que estaba aplastado bajo el mazo de madera, allá, en el salón solitario.

No bebía. Lo invadió el fastidio y se fue sin que nadie lo advirtiera.

Dos o tres seguían hablando de la mano.

\*\*\*

La manía de trabajar como empinado, como atisbando por encima de un muro más alto que él, lo dominó definitivamente. Ya sus creaciones estaban succionadas por aquella espiral anhelante que las arrastraba en su tromba diáfana, elevándolas, remontándolas hacia ningún cielo.

Animadas de un equilibrio angélico, que lo asaltaba a traición, que lo desviaba siempre de su finalidad, ahí estaban sus armazones, murmurando planos que él no había sembrado.

Estaba seguro de llegar al éxtasis por aquel camino de perspectivas infabables, suprahumanas, abierto por una piqueta extranjera. Podía jurar que no lo abriría él y sin embargo le estaba anegando de lejanía desvaída los ojos ávidos.

Perseguía un bajorrelieve piafante, optimista, con sus cuadrigas nerviosas chamuscadas de sol y se le encimaba un pino enigmático y suspenso, que ignoraba sus esfuerzos.

Luchó más que nunca frente a ella, mejor, frente al otro, que lo abrumaba con su visión deportista, que lo aturdió con su desenfado frente al problema estético.

Quiso imitarlo, quiso ir arrancando lentamente fragmentos calientes del cuerpo de ella para incrustarlos en el barro, como hacía el otro.

Encerrado en su obstinación, embistiendo ciegamente, a veces, sentía palpar el hallazgo en la punta de los dedos. Pero ahí estaban las líneas largas, convalecientes, y la carne, al reflejarse en el espejo de su barro, surgía macerada, como destilada a través de cilicios y ayunos inverosímiles.

Renunció a seguir buceando hacia adentro. Renunció a subir el telón tenaz.

\*\*\*

Sobre los tragaluces del techo estaba zumbando la siesta, locamente.

Tirado de espaldas en el diván, seguía con la mirada el parpadeo pudoroso de una Venus de Milo, indefensos los pezones perfectos, ante el gesto vagamente lúbrico de un atleta, que gladiaba.

Se enganchó un rato largo su atención en los ojos sin pestañas de la estatua, sintiendo unos locos deseos de cubrirla con el trapo aquel, tan abigarrado, que estaba junto al biombo. Fue solo un impulso lejano, menudo, tibio. Fácil, se descolgó su curiosidad inflamada, por los flancos de curvas maduras, precisas, implacables...

Regresó de su excursión inesperada, con el resplandor mortecino del yeso metido en la retina, metido en las narices, que aleteaban. Se encontró de improviso al borde de una revelación confusa que aguardaba, desde hacía mucho tiempo, enclaustrado como estaba por las exigencias inaplazables, urgentísimas, de su arte. Una revelación que arrollaría, que echaría por tierra sus interminables andamios de obsesión.

Lo resquemó la llamarada de un episodio perdido...

\*\*\*

Ella tenía la cota roja, bajo los labios más rojos aún. Rojos y húmedos. Fue una tarde clara, construida sobre los árboles con largos cristales, amarillos de sol. La ronda de rapaces tejía sus giros caprichosos en torno a los grandes troncos tranquilos...

Pasaban chillidos de pájaros por el aire. Un encontronazo súbito. Una voltereta y un cielo de yerba alta, en torno a los dos. En el regazo verde y tibio, muy cerca de la tierra, tan tibia, desparramó ella una sonrisa nueva, desconocida. Una sonrisa lenta y sabia de mujer, que se deshojaba sobre su carita jojota, su carita de niña.

Su instinto dormido no supo alcanzarla. Amordazado de sorpresa, dejó apagar el cohete que le estaba tembloteando en el agua negra de las pupilas. Se fue detrás de unos compañeros que se perseguían, aturdida.



Se quedó solo, metido en el vaho profundo de la yerba, con los pulsos veloces, mucho tiempo, comprendiendo, comprendiendo...

Extenuado, rabioso, asoló un hilo de hormigas rojas, que pasaban interminablemente, con una brizna de brisa en los lomos.

Ahora, la siesta, con sus dedos frenéticos, arrancaba sonidos calientes, mullidos, a las cuerdas del aire.

Parecía que la Venus lo llamase, aspando sus brazos mútilos como pidiendo protección, como ofreciéndole la meseta vertiginosa de su vientre. Esperó un tiempo, indeciso. Un viento extraño le fue despeinando los cabellos recogidos en la nuca, arremolinándole los labios para el beso.

De un salto llegó a su lado. Bajo las mejillas, bajo los muslos de yeso comenzó a sentir el desperezamiento de las venas, empujadas por la sangre. En torno al cuello, llovieron imposibles caricias de unos dedos. La estatua lo estaba abrazando. Su cuerpo extrañamente flexible se enchufaba en el suyo, delirante...

\*\*\*

Cuando regresó, solo veía retazos del diván, a través de la cabellera desbordada, empapada, de ella. Con una estupidez alcohólica, la modelo lo dejaba hacer.

No trató de investigar cómo pudo suceder aquello. Cómo pudo tomar impulso en el trampolín de yeso para aterrizar luego en la carne cómplice de la modelo.

Estaba libre.

El horizonte le cupo en el hueco de la mano.

Se desamarró del abrazo y, a distancia, pudo contemplarla con las caderas potentes en escorzo, doblada, amodorrada, harta de vino y de espasmos...

\*\*\*

El crepúsculo remató sus últimos tapices en las paredes del taller y lo dejó gesticulante, canturreando, modelando el barro con un desenfado único, como nunca, como el otro...





**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-440-227-2

**Depósito legal**

DC2023001922

**Caracas, Venezuela, diciembre de 2023**

La presente edición de  
**G A N Í C U L A**  
fue realizada durante el mes  
de diciembre de 2023,  
ciclo bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y les anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Canícula** reúne 13 relatos que nos enfrentan con la psicología inestable de personajes que parecen vivir entre la pobreza material y la precariedad afectiva. Asistimos al episodio del hombre que se condele de su hermano enajenado y se las tiene que ver con la desapasionada pero inmanejable furia del loco. Otro, consciente de sus talentos, se entrega a su obra maestra, rodeado del hambre y los apremios de su familia. Hay unos seres que se juegan una paliza desliziéndose como serpientes entre carruseles, escabulléndose entre piernas que van y vienen, esquivando la mirada de quien puede quebrarles los huesos. Así, de un cuento a otro, el libro termina por retratar la crudeza de una realidad creada en la ficción, pero que se parece mucho al país palúdico y miserable donde Carlos Eduardo Frías irrumpió con otros jóvenes escritores en la vanguardia literaria y en el activismo político, que le costó dos años de cárcel y trabajos forzados.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

